



LAS SOMBRAS DE
JULIA
LUZ Y SOMBRA

I V A L I S S E P E R A L E S

LAS SOMBRAS DE JULIA
Por Karla Ivalisse Perales Herrera

PARTE I
LUZ Y SOMBRA

Capítulo I

Julia había vuelto a dormitar frente al televisor. Abrió los ojos, presa de la angustia. El corazón le latía al punto en que, creía, iba a salirse por la boca. Apagó el aparato y, luego, sentada, intentó reflexionar, más tranquila, sobre aquella pesadilla que tanto la asustaba en la infancia y que ahora venía a su mente una vez más. La había olvidado, como si aquello no hubiera pasado jamás. Se encaminó a la cocina con la voz de su madre taladrándole la cabeza. Las horribles palabras seguían muy frescas en la memoria, pese a los años, retumbando como rugidos de feroces tambores. Bebió una infusión de romero, acompasadamente, rebobinándolo todo como en una videocinta. La sucesión de imágenes comenzaba con una visión borrosa de sí misma, a los 5 años. Podía sentir, sobre su piel, la textura del terciopelo de su vestido carmesí. Sabía que estaba en la casa de sus padres, reconocía los pasillos angostos y los cuadros, con marcos dorados, que resguardaban las fotografías de sus ancestros, colgados en las paredes rojas, decoradas con la escarcha plateada y los focos navideños que se encendían y se apagaban rítmicamente.

Las sensaciones parecían volverse más reales mientras avanzaba. En el sueño sus piernas no eran lo suficientemente largas como para alcanzar a tocar el suelo. Parecía que unas alas la llevaran de un lugar a otro sin que pudiese resistirse. Al final del pasillo se encontró con una escena familiar: sus primos, sentados todos en círculo sobre la alfombra mientras prestaban atención al sonido del fuego en la chimenea, al consumirse las brasas. Era el Día de los Santos Inocentes, que en la tradición popular se usaba para hacer bromas a la gente, desde las más ligeras hasta las más pesadas, llamando a los que caían o creían en ellas “inocentes palomitas”, por la facilidad con que se lograba engañarlos, tal como se haría con un niño. En la tradición judeocristiana el significado era profundo; según los relatos bíblicos, fue en aquella fecha cuando el rey Herodes I, el Grande, dio la orden de acabar con todos los niños menores de 2 años nacidos en Belén, luego de la visita de los reyes magos de Oriente, quienes habían anunciado la llegada del Mesías, futuro rey de Israel, con el fin de que este fuera eliminado.

Los chicos hablaban en voz baja sobre las travesuras o bromas que harían a las niñas para causar su espanto mientras ellas se entretenían jugando a la comidita, con sus juegos de té, o arrullando a sus muñecos para que se durmieran, lideradas por Julia. Los hombres mayores, como hacían siempre, se ocupaban de los asuntos de importancia, conversando sobre economía o política, y las mujeres se hacían cargo de los sagrados alimentos y del cuidado de los más pequeños, como de costumbre.

La pequeña Julia siempre se mantenía expectante del momento en que la puerta de madera se abriera de a poco, causando ese típico rechinado por lo vieja que era, y de los pasos imponentes de las botas de casquillo de su padre, quién llegaba a casa luego de las faenas laborales. Ella corrió hasta el umbral para recibirlo, como siempre, con los brazos abiertos y un tierno beso en la mejilla. El cariño que la niña le profesaba dispersaba el cansancio del padre y en respuesta él le llamaba: “mi pequeña muñequita”, provocando en la madre un poco de recelo porque podía notar que la niña lo prefería a él por encima de ella, quién era más estricta y rígida en cuestiones de disciplina y limpieza. Si Julia ensuciaba el vestido, por andar trepándose a los árboles, o los zapatos de charol con el lodo, le valía un castigo como quedarse en el jardín a oscuras hasta que el padre llegara y la rescatase.

Siempre que el hombre llegaba del trabajo se sentaba en el sofá, también de terciopelo rojo como el vestido de Julia, para fumarse un puro y descansar. Después de un rato, Julia se acercaba a su padre como un cachorrito que busca una caricia muy lentamente y él la sentaba en sus piernas para contarle alguna historia, dispersando sus temores hacia la oscuridad. Así hacía siempre, como esa tarde en que cayó aguanieve por primera vez en el pueblo.

La niña comenzó a arrullar a su muñeca favorita, a quien había nombrado como ella misma, usando un tono armónico y melodioso, de modo que todos los que estaban en la morada, tanto los primos, los hombres en la sala y las mujeres en la cocina, podían escucharle.

De un momento a otro, la casa quedó en fatídico silencio, primero violento y luego se tornó incómoda incertidumbre. La madre dejó que las demás mujeres terminaran con los buñuelos para ir a ver lo que había sucedido; encontró los rostros desencajados de hombres y niños como estatuas de piedra, clavando la mirada en la pequeña muñeca, frágil y desgarbada, que miraba al vacío, rígidamente sentada en las piernas del padre, quien tenía la apariencia de un gran muñeco de trapo. Se acercó para cargar a la niña diciéndole que debía dejar que su padre descansara, creyendo que se había quedado dormido, y pudo sentir que un escalofrío recorría todo su cuerpo. Su esposo tenía los labios y los párpados amoratados; el corazón se le había detenido como las manecillas de un reloj descompuesto, arrancándole la vida de un suspiro. Julia lanzó un grito estridente entonces, un grito de verdadero terror que retumbó en los oídos de la madre por muchos, muchos años... Desde ese momento se obsesionó por la fatalidad.

No había vuelto a tener aquel sueño desde que se casó con Rafael de la Garza. El inmenso amor que él le profesaba tuvo el poder de borrar el horror, aunque de vez en cuando alguna noticia desgraciada, evento trágico o accidente, recrudecía el trauma alimentando sus miedos irracionales. Rafael le devolvió la seguridad; su carrera y su éxito profesional aseguraban el futuro de ella y del nuevo integrante de la familia que venía en camino. La vida no podría ser más que perfecta en aquella casa residencial donde vivía entre el ensueño y las fantasías; no obstante, pese a las comodidades que representaba la vida con aquel hombre, sentía que había una presencia que acechaba constantemente su porvenir.

Lo peor que podía pasarle a una mujer que ha encontrado al hombre perfecto es que la madre de ese hombre la odie y la desprecie como si se tratara de una enemiga a vencer. Era muy difícil vivir así, reconocía Julia, quién recordaba lo mucho que a su suegra le había costado aparentar alegría por las buenas nuevas. Parecía que doña Elena de la Garza, lamentara el hecho en vez de alegrarse, pues cuando Rafael le anunció la noticia, sus labios maduros enmarcaron una sonrisa que parecía más bien una torcida mueca. La llegada de un bebé dificultaba sus planes, pues le obsesionaba la idea de cumplir con la promesa que le había hecho a su marido en el lecho de muerte, quien no aprobaba a otra mujer para esposa de Rafael que no fuera Lorena Betancourt, amor de la infancia de su hijo; además, estaba de por medio aquél asunto de la herencia... La idea de cumplir cabalmente con la voluntad del muerto le obsesionaba porque estaba segura de que, si no cumplía al pie de la letra con sus especificaciones, el espectro de don Rafael no hallaría descanso eterno, y es que estaba segurísima porque se lo había dicho Rómula: que los ruidos de cadena arrastrándose, que alguna vez había oído en su casa, eran la prueba fehaciente de que el marido no se encontraba muy contento...

Julia recordaba bien la discusión que había tenido con la suegra durante aquella cena en que se anunció la noticia, una vez que su esposo, Rafael, las dejó a solas en el comedor con el pretexto de ir por las copas con las que se celebraba en las ocasiones especiales; este había tardado más de lo debido con intención de que ambas mujeres pudieran conversar y limar algunas asperezas,

pero doña Elena se había mantenido en una actitud mustia, diciéndole a Julia que el estofado que había preparado tenía mucha sal, haciéndola sentir mal, como era su costumbre, con sus comentarios desafortunados que siempre desvalorizaban los esfuerzos de ella. Era importante para Julia llevar una relación cordial con doña Elena de la Garza, pero esta era una mujer fría, dura y amargada, de pocas pero letales palabras.

—¿No está contenta por la llegada de su nieto? —la pregunta de la nuera la tomó por sorpresa.

—No entiendo qué me quieres decir —se hizo la desentendida,

Julia era suspicaz y perceptiva. Notaba que la mujer no se sentía cómoda ante su presencia y que la noticia del embarazo parecía no haberle caído muy bien, tal como su estofado.

—¿Qué es lo que pretendes? —preguntó la mujer madura, mirándola con recelo.

—No parece muy contenta con la noticia... —insistió.

—Deberías andarte con cuidado, querida. Los terrenos en los que ahora andas pueden ser muy escabrosos —advirtió doña Elena mientras se limpiaba la boca con la servilleta, manteniendo las buenas maneras.

—¿Qué quiere decir con eso exactamente?

—Tú sabrás... te recomiendo que no andes tentando al Demonio porque se te puede aparecer —advirtió la suegra con un sutil sarcasmo.

—Ah, ya entiendo...

—Mira, Julia, ahorrémonos los rodeos. Yo nunca estuve de acuerdo en el matrimonio entre mi hijo y tú —dijo la suegra, finalmente, como si por fin hubiera logrado lanzar un eructo después de haberse tragado el estofado, el cual le había caído como bomba.

—Por eso es incapaz de alegrarse... —murmuró Julia, acariciándose el vientre. Las palabras de la suegra, que hablaba con frialdad y dureza, le dolían tal como si fueran espinas que le enterrara en el corazón.

—Las mujeres como tú —continuó la suegra—, con apariencia de no romper ni un plato ni de matar una mosca son de la peor calaña. Te gusta hacerte la buena y santa ante los ojos de mi hijo, pero estoy segura que el niño que esperas no es de Rafael. No, si a mí no me engañas, chulita. A él lo podrás hacer pendejo, pero yo conozco muy bien a las de tu clase —señaló con seguridad.

“Pinche vieja fantasiosa”, pensó Julia, riendo para sus adentros.

—¿Cómo puede pensar esas cosas? —preguntó incrédula—. Tiene usted una imaginación desbordada. ¿No será que está celosa? —indagó con actitud temeraria.

—¿Qué me quieres decir?

—Usted me hace pensar cosas horribles... —admitió Julia.

—¡Oh, por Dios!

La mujer adivinó lo que su nuera quería decir entre líneas. Se levantó de la silla en señal de indignación. En esos momentos quería arruinarle la carita de muñeca con sus uñas afiladas. No toleraba que quisiera hacerse “la muy digna”, pero se contuvo porque estaba embarazada. El regreso oportuno de Rafael reestableció el ambiente de cordialidad entre ambas, pero Julia había comprobado lo que intuía desde tiempo atrás: su suegra era una mujer con la que debía andarse con cuidado. No necesitaba estar cerca para generar tensión; bastaba que se le metiera una idea en la cabeza y usara su poder de manipulación para que Rafael le diera por su lado, así sucedería unas semanas después de aquella cena, convencería a su hijo de no apoyar la decisión de Julia de trabajar después del nacimiento de Javier, ignorando sus deseos de realización profesional.

Julia acusó a Rafael de portarse como el típico hombre machista que tanto despreciaba, reconociendo que le hacía falta carácter para imponerse a las ideas anticuadas de su madre. Esta

actitud de él, la exasperaba.

—Me voy a morir pronto —pronunció el hombre mientras la esposa se mantenía a su lado en el lecho, tomándole las manos para infundirle seguridad y fortaleza ante el fatídico pero esperado desenlace, aunque este se mantenía firme, como resignado al destino.

Una terrible enfermedad lo tenía condenado a la cama; los médicos ya lo habían desahuciado, no había remedio para el cáncer de hígado que lo carcomía por dentro, poco a poco, producto del vicio del alcohol que mantenía desde hacía varios años. Los médicos dijeron que tenía que ser fuerte y aconsejaron valorar los últimos momentos de su vida al lado de su esposa y su único hijo. Los vicios eran enfadosos, difíciles de tratar, como él mismo y su carácter obstinado y duro. Por más que doña Elena insistía en que dejara de tomar, este explotaba en una rabieta de intolerancia que ella pagaba muy caro y que sufría, calladamente, tragándose el orgullo, porque era preferible esto a perderlo todo y verse echada a la calle, viviendo en la mendicidad o de la caridad. Haría hasta lo imposible por evitar que su matrimonio se resquebrajara, por eso aguantaba los insultos, los empujones, las infidelidades, pero jamás toleraría un golpe. A veces se preguntaba si valía la pena, si no había llegado ya demasiado lejos.

“El día que me llegues a desfigurarse la cara, te dejo, desgraciado”, juraba doña Elena frente al espejo; su belleza era más importante para ella que su propia dignidad. Pese a todo, una buena esposa debía permanecer al lado de su marido y esforzarse lo suficiente para mantener su matrimonio y su familia feliz.

Tantos años de vivir entre el miedo y las ideas de venganza endurecieron y amargaron a doña Elena, quien suspiraba añorando al hombre del que se había enamorado. Ahora se mantenía más devota a él que nunca. Verle tan indefenso, necesitado de sus cuidados y sobre todo de su perdón, le provocaba mucha tranquilidad. Mandó llamar al cura de la iglesia, al notar el semblante cadavérico de su marido, a quien se le extinguía la vida en fiebre, espasmos y susurros, para que le diera los santos óleos. Él confesó a su esposa lo de las infidelidades, no una, sino varias, esperando que ella lo perdonara para poder irse sin remordimientos de conciencia. Juró que había tenido varias iglesias, pero que ella siempre había sido la catedral. Elena mantenía una actitud de frialdad ante estas confesiones; el hombre suplicó por su perdón con el rostro compungido por la angustia. El cura le pidió no esforzarse, pero don Rafael tenía la necesidad de seguir hablando.

—Voy a confesarte un secreto que no quiero llevarme a la tumba —dijo—. No me podrás negar que en estos 20 años de matrimonio te di una buena vida, llena de lujos y caprichos. No hubo nada que te negara —afirmó con cierto orgullo.

Doña Elena reconoció que el hombre tenía razón, jamás tuvo queja por incumplimiento de sus deberes maritales o de manutención.

—Yo ya sabía que la muerte me traía entre ceja y ceja, sentía sus pasos pisándome los talones y tenía que ser precavido, muy precavido. Entonces, mandé llamar al notario, el señor Francisco Márquez. Le llamé con insistencia, con apremio, porque sabía que no me quedaba mucho tiempo y no quería irme sin poner orden o dejar cosas inconclusas, ya sabes que me pongo de un carácter de los mil diablos si no mantengo mis cosas bajo control y entonces me da por la bebida, la maldita bebida.

»El señor Francisco Márquez me miró fijamente tras las gafas gruesas de fondo de botella, intentaba abrir los ojos más y más en señal de comprensión. Mantenía la atención debida a mi

solicitud; estaba seguro que notaba mi agitación e intuía lo apremiante del asunto. Tenía una expresión incrédula ante lo que estaba escuchando de mi boca, recuerdo. “Escríbalo bien, señor Márquez, con todas sus letras, quiero que entienda muy bien lo que le digo y que haga todo lo posible para que mi última voluntad quede plasmada de manera bien clara en este testamento. ¿Me ha entendido?”.

»El hombre bajó tímidamente la mirada, asintiendo y mostrando obediencia. “Ahí dispongo de una herencia millonaria, es un cofre de monedas de oro que encontré enterrado en el patio del rancho, perteneciente a la época de la Revolución. Mi esposa, como le dicto, se hará acreedora de esta mansión de lujo, la cual podrá convertir en lo que ella quiera, pues goza de la plena libertad para hacerlo, pero mis bienes, mis ahorros y el dinero contenido en el cofre serán divididos en dos partes iguales. Una será para mi primogénito, mi único hijo varón, Rafael de la Garza y la otra para mi primer nieto, el cual quiero que lleve el mismo nombre que yo y que mi hijo para preservar la tradición familiar. Creo firmemente en la idea de la trascendencia a través del linaje y en la vida como en un ciclo sin fin. Es por eso que no tengo miedo de morir. Mi sangre corre por las venas de mi hijo y luego correrá por las de mi nieto. He entendido entonces, haciendo estas reflexiones, que la muerte es solo una transformación. La vida siempre vence a la muerte. He hecho una promesa que debo cumplir; volver. Se lo he prometido a mi esposa querida, Elena de la Garza. Me lo debes, me dijo muy seria. Me habré equivocado muchas veces, señor Márquez, pero créame, no soy un mal hombre. Siempre he dicho que quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra; pero no me vea usted así, como si creyera que estuviera yo delirando. Ya le he dicho que presiento que voy a morir pronto y me urge que cumpla usted con esta encomienda... ¿Lo hará, verdad? ¿Me lo promete? Porque sé que más que un notario, es también un buen amigo y los amigos saben cumplir una promesa”.

—Lo bueno que no sufrió mucho —relató Elena al cura, una vez que lo enterraron—. O, bueno, al menos eso demostraba él. Así deben ser los hombres, padre, si no, deberían dedicarse a otra cosa —dijo bien convencida.

El doctor Altamirano le había explicado a Julia que la Hipoplasia uterina no significaba un impedimento para ser madre, sin embargo, advirtió, el embarazo sería de alto riesgo, rodeado de otras complicaciones como amenazas de aborto, parto prematuro o malformación del feto por el desarrollo insuficiente del útero. Pese a todo pronóstico, Julia decidió convertirse en madre, bajo el cuidado y las sugerencias del experimentado obstetra, quien le había recomendado practicar yoga, pues su carácter sensible la hacía más vulnerable a padecer de estrés. Esto le preocupaba mucho al médico, pues Julia le había confesado que después de algunos problemas con la suegra se había sentido con mucha ansiedad.

Y es que a doña Elena se le había metido, entre ceja y ceja, el lograr la separación de su hijo con la nuera, la cual veía muy difícil porque el nene estaba a punto de hacerla reventar. Los meses habían transcurrido sin que pudiera lograr tal cosa, pese a que intentó generar suficiente tensión entre ambos durante algún tiempo. Julia estaba en el séptimo mes y justo comenzaba a sentirse realmente mal. Un súbito aumento de peso dio como resultado la deformación del cuerpo, la enorme panza dificultaba sus movimientos y la hinchazón de las extremidades provocaba que sus

zapatos ya no le cupieran en los pies. Tenía, además, frecuentes dolores de cabeza y muchas náuseas.

El doctor Altamirano le había diagnosticado preeclampsia, una condición del embarazo bastante común, caracterizada por una presión arterial elevada que se controlaba con una adecuada medicación hipertensiva, aunque insistía de nuevo en que debía mantenerse tranquila y en absoluto reposo; faltaba poco tiempo para el alumbramiento.

La suegra se encontraba de un humor de los mil demonios porque ya sentía que el nieto le pisaba los talones y ninguno de los “remedios” que le había indicado la vieja Rómula había dado resultado. Tan mortificada estaba por su suerte, revelada por sus cartas, en la que se le veía enferma y abandonada en un asilo, que llegó a suplicar y jurar que era capaz de cualquier cosa para evitar el nacimiento de la criatura. Rómula era una mujer que trabajaba en el “mercado negro”, allá por colonias de mala muerte de la ciudad, lugar rodeado de misticismo y energías donde se podían encontrar personalidades capaces de adivinar el futuro, hacer amarres de amor, ahuyentar malos espíritus mediante limpias o leer la suerte con barajas y tazas de café. Doña Elena le tenía mucha devoción a esta mujer, pues en varias ocasiones le había leído la baraja, acertando en algunas cosas, como por ejemplo, cuando le dijo que su mayor enemiga era una mujer más joven y más bella que ella. Doña Elena luego luego pensó que se trataba de Julia. ¿De quién más?

Doña Elena estaba cansada de la buena suerte de Julia. Comenzaba a dudar de la vieja Rómula; quizá todo aquel tiempo solo había estado mirándole la cara.

—¡Eres una bruja farsante de pacotilla! —exclamó en la última visita que le había hecho—. Tus mugres no funcionan. El niño está a punto de nacer y ya no puedo hacer nada para impedirlo.

—¡Cállate, vieja! No eres más que una patética y cobarde, eso es lo que eres. Una vieja prepotente y ridícula.

—¿Cómo te atreves?

—Me atrevo porque eso eres...

—¿Ah, sí? Pues tu muñeca vudú me sirvió para un chiste —arrojó a sus pies, con desdén, un cojín lleno de alfileres que tenía figura humana y en el rostro una fotografía de la nuera—. ¡Maldita farsante, vividora! Me dijiste que con esto la tendría en mis manos y que si le amarraba una cinta negra en la cintura y la mantenía enterrada bajo tierra de panteón, en mi jardín, nunca se embarazaría, y no resultó. ¡No eres más que una mentirosa!

La vieja Rómula mostró una sonrisa cínica.

—Eres cobarde, Elena, y también miedosa. Te falta voluntad y determinación. Hace mucho hubiéramos terminado con el problema que te aqueja, pero te acobardaste. Mira, dale esto de beber a tu nuera —le entregó una pequeña botella de vidrio, color café oscuro, que estaba cerrada con una tapa de gotero—. Dáselo despacio, con dulzura. Yo te aseguro por el poder que me confiere Satanás, mi amo y señor, que ese niño no nacerá —pronunció fatídica.

Según las instrucciones precisas de Rómula, debía hacerle una visita a la nuera y darle de beber esa infusión a base de hierbas, tierra de panteón y otros ingredientes tóxicos con los que lograría la muerte del feto sin que nadie sospechase nunca porque, según aseguró la bruja, el brebaje era tan efectivo que ningún médico sabría jamás qué había pasado, por más estudios y exámenes que hicieran. La botellita era de unos 20 mililitros, muy fácil de transportar y de esconder; pero su contenido, extremadamente mortal, advirtió Rómula, con actitud severa.

—¡Maldita bruja de mierda! ¿Pretendes engañarme otra vez?

—Te aseguro que es verdad. Solo tienes que poner unas pocas gotas en la bebida o la comida

de la víctima y ya está...

—¡No soy ni seré una asesina, tú me quieres obligar a matar! ¡Maldita, maldita!

—No soy yo quién quiere obligarte a matar, eres tú misma. Yo solo leo tus pensamientos y deseos más profundos...

Doña Elena sintió escalofríos ante las palabras y la actitud imponente de Rómula. Finalmente tomó el brebaje en sus manos y a cambio dio cinco mil pesos. Tendría oportunidad de pensar en todo mientras se dirigía a la residencia donde su hijo Rafael tenía viviendo a Julia, como si fuese una reina. Esta había estado preparando galletas en el horno, pese a sus malestares, porque no podía permanecer acostada ante el aburrimiento, cuando en la cocina se le figuró ver un bulto peludo, entre color gris pardo y marrón, con una larga cola blanca, muy cerca del fregadero.

—¡Santo Dios! ¡Imposible! —decía mirando obsesivamente, incrédula. La rata había pasado corriendo tan rápido como pudo ante sus ojos, escondiéndose bajo la estufa, intimidada por su presencia. El solo hecho de mirar a esta clase de criaturas en imágenes le provocaba una sensación de incomodidad, asco y estremecimiento; las más sucias y portadoras de un foco de infecciones y enfermedades mortales para el ser humano. Tenía que deshacerse de ella a como diera lugar. Corrió hacia el patio para conseguir una escoba con la que pretendía hacerla salir, cuando el *ding dong* agudo e intermitente del timbre de la residencia le provocó un sobresalto. Se incorporó lentamente, quizá se tratase de algún vendedor, pensó Julia; lo cierto era que no esperaba visitas esa tarde, así que su sorpresa fue grande cuando abrió la puerta para encontrarse con la imponente doña Elena de la Garza, ataviada con un traje sastre de Chanel y un abrigo de lana largo que cubría su espigada y elegante figura; un tanto exasperada por la tardanza de Julia para abrir la puerta.

—¿Usted aquí? ¿Qué es lo que quiere?

—¡Qué clase de modales son esos, Julia! —observó la suegra, cruzando el umbral—. ¿Por qué has tardado tanto en abrir? ¿Acaso quieres matarme de un resfriado? —dijo gravemente.

La joven intentó explicarle que había tardado por lo del bicho, pero la mujer no le dio tiempo de pronunciar palabra.

—¡Pero qué gorda te has puesto, estás a punto de reventar!

—¿Qué es lo que quiere ahora? ¿Meter cizaña para que Rafael y yo peleemos de nuevo? ¿No es eso a lo que se dedica últimamente? —inquirió Julia, mordaz.

—¡Oh, querida! ¡No puedo creer que me tengas tan mala voluntad! —dijo la suegra, haciéndose la víctima—. La verdad, quisiera que hiciéramos las paces. ¿Qué me dices, linda? No quiero que sigamos enemistadas —su tono era bastante convincente.

La actuación le salía a pedir de boca porque ella había estudiado para ser actriz de teatro, pero Julia no lo sabía; respiró profundamente invitándola a ponerse cómoda en la sala, aunque guardaba cierto recelo respecto a su cambio de actitud tan repentino.

—No tengo problema —respondió la nuera con sencillez y precaución.

Elena propuso a Julia sentarse a conversar para limar las asperezas que hubieran quedado entre ellas, incluso se ofreció a preparar algo de beber para hacer más ameno el momento de la “reconciliación”, como ella lo llamaba, asegurando que el motivo de su visita no tenía otro objetivo más que pedirle perdón por sus groserías y desplantes. Dijo que había estado reflexionando seriamente en sus comportamientos, sintiéndose avergonzada, y que deseaba obtener su perdón ahora que la criaturita estaba a punto de nacer.

—Siéntate, querida, siéntate —insistía la suegra—. No te esfuerces ni te abrumes. Lo único que yo quiero es que podamos tener un “nuevo comienzo” —mostrándose complaciente—. Créeme que estoy tan arrepentida de mi actitud, la cara se me caía de la vergüenza, pero superé eso y me decidí a venir a verte. Necesitamos hablar mucho —decía con premura—. Permíteme que te prepare algo —insistía.

Julia se puso de pie diciendo que no tenía qué molestarse en ello, siendo la visitante y a ella le correspondía ser anfitriona. Estaba dispuesta a escuchar lo que tuviera que decirle, una vez que terminara con un asunto pendiente en la cocina; no le tomaría mucho tiempo, mientras podía ponerse cómoda y hacer uso de las instalaciones de la residencia con total libertad como si estuviera en su propia casa. La ingenuidad y la amabilidad con que se conducía Julia hacían sentir a doña Elena muy incómoda, llegaba a preguntarse si un acto como el que le había sugerido Rómula le permitiría vivir con la conciencia tranquila por el resto de sus días...

En tanto, a Julia se le agotaba la paciencia, pues la rata parecía ser bastante astuta. Lo mejor era ocuparse del asunto seriamente y optó por un método más efectivo y letal para deshacerse de la criatura infernal con urgencia, de una buena vez y para siempre. Al cabo de una media hora, regresó a casa sosteniendo con manos temblorosas una bolsa oscura de papel donde había guardado el veneno. De regreso a la cocina, se dispuso a preparar el chocolate; colocó el recipiente con raticida en la repisa de la barra cuando una idea retorcida asaltó su mente, intentó reprimirla al tiempo que pisaba una cucaracha y removía la nata de la taza que había servido para la suegra. Colocó las galletas recién horneadas en la bandeja, las dos tazas de chocolate, algunas servilletas y volvió a la sala. Acomodó todo en la mesita para el café.

Rómula tenía razón cuando le había dicho a doña Elena que era una cobarde.

Temblaba de excitación, el corazón le latía a toda prisa, no podría... no podría... no sería capaz de un acto tan ruin... Cuando Julia tomó su lugar en la sala y levantó la taza con el chocolate, doña Elena se levantó para decir que se iba, lo que provocó el desconcierto y la contrariedad de la nuera.

—¡Oh! Pero ¿por qué? Lamento mucho si la hice esperar demasiado... al menos pruebe una galleta —insistió.

La dulce voz de la nuera la conmovía, la hacía sentir peor al albergar el deseo de deshacerse del niño de aquella manera tan ruin. Julia, por su parte, tenía miedo de quedarse a solas con la rata.

—Sabe, suegra, estoy muy preocupada... —intentó retenerla.

—¿Por qué, hija? —se mantenía en el papel.

—Es que acabo de ver una rata en la cocina. ¿Usted sabe cómo puedo matarla? Ya compré el veneno, pero no sé cómo usarlo, me da miedo que haya más en la casa o que el veneno le haga daño a mi bebé.

—¡Imposible!

—El otro día Rafael estaba haciendo unas reparaciones en el cuarto de lavado. Sospecho que la rata se coló por el orificio donde se drena el agua.

—¡Imposible! —exclamaba la suegra poniendo una expresión de terror. Se tragó la galleta con dificultad—. Esta es una de las mejores colonias residenciales para vivir.

—Pues sí, lo mismo pensé yo —señaló Julia, con actitud contrariada.

—Supongo que la encontraron y la mataron —dijo la suegra, sentándose de nuevo y recogiendo los pies para no tocar el suelo.

—Pues supone mal. Le digo que acabo de verla en la cocina.

—¡Pero qué asco! —doña Elena terminó escupiendo las galletas que había masticado—. ¡Estás inventando todo esto para incomodarme! —la acusó—. ¡Odio a las ratas, las odio más que a ninguna otra cosa en el mundo! —prorrumpió—. Y pensar que me comí esto con tanto placer... —seguía escupiendo—. Haces estas cosas para molestarme porque eres mala —la acusó con gravedad.

—¿Usted cree que yo quiero eso? —una expresión de contradicción apareció en el rostro de Julia.

—Claro que lo creo, creo que eres capaz de eso y más.

—¿Por qué me odia tanto? —protestó Julia ante una injusticia.

—No, si yo no te odio. Eso sería darte mucha importancia. Solo te desprecio como a las ratas —pronunció la suegra con desdén—. Algo le hiciste a mi hijo, no sé qué, pero fue algo muy fuerte.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Mi hijo estaba comprometido con Lorena Betancourt. Su padre y yo habíamos aprobado su casamiento con aquella muchacha, hija de buena familia. Ellos se conocían desde niños, estaban destinados a estar juntos, tenían un muy bonito noviazgo y de buenas a primeras, Rafael canceló el compromiso de matrimonio en plena fiesta dónde le entregaría el anillo. No pude cumplir con la última voluntad de mi marido porque tú te entrometiste y lo arruinaste todo. ¡Eres una maldita por eso!

—La única presencia maligna en esta habitación es usted, señora —dijo Julia, temeraria—. Mire que querer imponer su voluntad por encima de la felicidad de su hijo. ¡Eso sí que es de una bruja!

—¡Cómo te atreves!

—Estoy bien enterada de la absurda condición que impuso su esposo para que Rafael pudiera acceder a la herencia que le dejó su padre y su obsesión porque le diera un nieto. No se conformaba con eso. Querían que la madre de ese hijo fuera Lorena. ¡Pero no será Lorena Betancourt, sino yo!

—¡No te saldrás con la tuya!

—¿Y qué piensa hacer?

Doña Elena perdió el control. Comenzó a arañarse, a pegarse en la cara, a estirarse el cabello y gritar como si Julia estuviera haciéndole daño.

—¿Qué hace? —preguntó asustada.

—Los vecinos vendrán pronto y te acusaré con ellos de pelear conmigo.

—¡Ay, por dios, usted está loca!

—¡Ojalá el niño que llevas en las entrañas se te pudra ahí dentro! —le gritó doña Elena en un arrebató.

—¡Cállese!

Comenzaron a forcejear entre sí. La muñeca vudú cayó desde las ropas de la suegra al suelo; Julia quedó perpleja de terror.

—¿Qué ha hecho? —musitó—. ¡No, eso no, eso no! —prorrumpió sollozando.

Doña Elena salió de la casa ignorando las llamadas de auxilio de Julia, quien suplicaba ayuda asegurando que su hijo estaba a punto de nacer... no podía creer que la suegra fuera capaz de abandonarla a su suerte. Como pudo, cogió el teléfono para pedir un taxi que la llevase de urgencia al hospital. Tenía una fuerte punzada en el vientre, además de mareo y dolor de cabeza, y si cerraba los ojos veía destellos luminosos y un sinfín de ratas en la cocina. Entró al hospital suplicando ayuda, como una moribunda, provocando la alarma del personal presente.

—¡Que alguien me ayude, por favor! ¡Mi bebé está a punto de nacer! —gritaba. La enfermera mandó llamar al doctor Altamirano, quien se mostró en la mejor disposición de atenderle de inmediato.

—¡Julia! ¿Qué pasó?

—Doctor, por favor —suplicaba—. Avise a mi esposo que estoy aquí —le decía aferrándose a su bata—. Salve a mi bebé, por favor. No lo siento...

Fue ingresada de inmediato para revisión. La tensión en el rostro de Altamirano aumentó al comprobar por medio de la ecografía que los latidos del bebé se encontraban en una frecuencia muy baja. Julia había llegado con la presión alta, tanto que temió que fuese a convulsionar. Consciente de que sería incapaz de dar a luz al bebé en esas condiciones, decidió que lo más prudente era practicar una cesárea de emergencia. Pese a su experiencia y conocimiento, se había sentido frustrado ante las dramáticas circunstancias que lo orillaron esa decisión en medio de tanta tensión.

—Preparen el quirófano. Vamos a operar —mostró autoridad.

El niño estaba padeciendo de un sufrimiento fetal agudo. La discusión y la fuerte impresión recibida por Julia, al descubrir las porquerías que estaba usando la suegra para deshacerse de ella, le habían elevado la presión arterial, lo que causó una severa falta de oxigenación.

Altamirano había sabido manejar la situación de la manera más efectiva posible, dando como resultado una operación exitosa y la llegada al mundo de Javier: un niño sietemesino, silencioso y frágil de 1.5 kilogramos.

No hubo tiempo de avisar ni al marido para que llegase. Su presencia habría hecho menos traumática la experiencia para Julia. Ella abrió los ojos muy lentamente, sola en el cuarto y con una intensa sensación de frío en todo el cuerpo. Intentó inclinarse para hacer sonar la alarma que estaba encima del buró, a un lado de su cama, cuando sintió un dolor agudo en el abdomen que le hizo recobrar la memoria de lo que había sucedido. Fue presa del desconcierto al descubrirse “desembarazada” y con la herida fresca que había dejado la cesárea. Tomar conciencia de ello no fue más grave que encontrarse entre la confusión y la soledad que se acentuaban por la ausencia del bebé. La enfermera que acudió al llamado mantenía una actitud de sosiego que intentó transmitirle en vano.

—¿Dónde está mi bebé? ¿Por qué no me lo han traído?

La muchacha le informó que el niño se encontraba en una incubadora. Julia dijo que quería verlo y también a su marido, pero hasta ese momento no habían podido localizarle, provocando su desconcierto.

Rafael se encontraba al volante, intentando llegar a casa pese al tráfico infernal típico de esas horas en la ciudad, que se había detenido esta vez por un trágico accidente que paralizó la avenida central colapsando la ciudad. Un choque provocado por unos jóvenes alcoholizados; su camioneta había quedado toda salpicada con la sangre de una hermosa familia cristiana. Los cuerpos estaban regados como objetos en el pavimento, en medio de un sanguinolento y oscuro charco de sangre. La presencia de los reporteros del *Noti Regio*, quienes habían acudido de inmediato para darle amplia cobertura al accidente, congestionó el flujo de vehículos. Algunos conductores bajaron de los automóviles para tomarse la foto con Karla Ivelia, quien en esos años era la reportera más famosa y audaz de la emisión del mediodía, reconocida por su esbelta figura y por llevar a los hogares de los televidentes las mejores y más morbosas notas que lograban robarse el *rating* por encima de otros programas del canal local. Los transeúntes mostraban una falta de respeto hacia la pena y el dolor de los afectados, amontonándose para mirar el “espectáculo”.

La situación comenzó a tornarse desesperante. Bajo un calor intenso, los conductores hacían sonar sus cláxones para ejercer presión mientras algunos, menos civilizados, se mentaban la madre. Una chica sobreviviente, que iba con los jóvenes responsables del horroroso accidente, lloraba de manera histérica al contemplar en su rostro la sangre de los cristianos sacrificados, limpiándose obsesiva frente a un espejo hasta arañarse la cara porque “no podía limpiarse toda la sangre”, decía. El malestar que había comenzado a experimentar Rafael, ante esta sucesión de imágenes, se acentuó con la llamada de la enfermera del hospital anunciando el nacimiento precipitado y prematuro de su hijo. Presenciar los cuerpos prensados de los miembros más jóvenes de la familia (entre ellos, un bebé de apenas dos años) le provocó una impresión que sería difícil de borrar.

—¿Sí?, diga... —contestó ansioso, mirando como la mano con la que sujetaba el móvil temblaba.

—¡Gracias a Dios logro comunicarme con usted! —exclamó la enfermera con alivio. Rafael estuvo a punto de perder el control del vehículo al escuchar la noticia. ¿Cómo era que había pasado todo aquello, así, tan de repente?, preguntó con voz entrecortada.

—Algunos bebés llegan así al mundo —respondió la joven.

Al cabo de casi dos horas en tensión, Rafael arribó al hospital con la ilusión de mirar a su hijo para olvidarse de las imágenes de la muerte. La idea de un bebé rebosante era la prueba de que el milagro de la vida vencía a la muerte siempre. El doctor le salió al paso pidiéndole le acompañara para conversar en privado, le ofreció café, encaminándose ambos hacia el consultorio mientras una enfermera consolaba a Julia, animándole a comer para mantenerse fuerte. Pese a la actitud de comprensión y empatía que demostraba la muchacha, Julia sentía como si un profundo agujero se abriera en su pecho y le acentuara la sensación de vacío: la vida era muy injusta. No entendía por qué Dios no había sido generoso con ella como con esas mujeres que no tenían ningún defecto en su biología; tampoco la razón por la que algunas madres eran capaces de abandonar o tirar a sus hijos en la calle como si fueran basura. Ella, en cambio, había tenido que pasar por un suplicio para poder engendrar. ¿Y si realmente había forzado las cosas?

La obsesión por el parto perfecto la llevó a inscribirse a un programa de yoga que consistía en una serie de ejercicios de respiración, posturas y relajaciones, dirigidos a mamás primerizas, que se impartían en una exclusiva academia de la colonia del Valle. La instructora solía decir que no debía temerse a un proceso natural para el cual el cuerpo femenino estaría preparado. En una de las sesiones, explicó que en los tiempos primitivos las mujeres daban a luz con ayuda de matronas, en ambientes completamente naturales, sin la ayuda de médicos, epidurales o anestésicos, cobijadas únicamente por la presencia de la Madre Tierra, el universo y la energía femenina. Una vez que las mujeres tuvieran las primeras contracciones, decía, sabrían qué hacer exactamente, llevadas por la intuición y el instinto, dando paso a que las cosas fluyeran como el agua de un río, respondiendo a su curso y obedeciendo a su naturaleza. También les había explicado por qué era preferible siempre un parto natural a una cesárea:

“El paso de un bebé por el canal vaginal permitirá que la criatura se impregne con las bacterias de la madre permitiendo el fortalecimiento de su sistema inmunológico. En este proceso se produce una mayor oxigenación del cerebro del infante, la expulsión de todo el líquido amniótico de sus pulmones y la producción de hormonas como la adrenalina, que mantienen al pequeño en estado de alerta durante las primeras horas de vida, además de aportarle calor y energía. El contacto piel con piel entre el bebé y la madre fortalece el vínculo, favoreciendo

además la producción de la leche materna”

Rafael se recriminaba el no haber estado con su esposa para infundirle seguridad cuando todo aquello ocurrió, imaginando el terror, la ansiedad y el estrés que pudo haber pasado.

—Siéntate, por favor —le indicó el médico—. Todo parecía ir bien con el embarazo de Julia —relató—. Cuando ustedes decidieron ser padres hicimos todos los estudios posibles para determinar si, a pesar de su condición, podía tener un embarazo normal. Desde un principio fuimos conscientes de las posibles complicaciones. Fuiste testigo de los estrictos tratamientos médicos a los que se sometió Julia hasta que logró la concepción. Fue su verdadero deseo lo que permitió que ocurriera “el milagro”.

Tú sabes que mi profesión me impide creer en estas cosas —dijo concienzudamente—, pero la vida es extraña, Rafael. Tengo muchos años en esta carrera y he visto varios de esos “milagros”, como la gente les llama. Lo cierto —dijo cruzando las piernas y relajándose un poco— es que hay cosas que ni la ciencia ni la medicina pueden explicar. Esas son cosas de fe, del corazón, qué sé yo.

—¿Qué fue lo que pasó exactamente, doctor? —preguntó Rafael, abrumado por un sentimiento de incompetencia.

—Cuando Julia llegó aquí, tenía la presión muy alta. Este tipo de cosas pasan, Rafael, no te atormentes. Ahora deben prepararse y mantenerse fortalecidos, Javier es un niño prematuro y, como tal, requerirá de cuidados especiales. Estará bien, pese a todo nació bastante sano, la que me preocupa ahora es Julia —confesó con franqueza, reconociendo la sensibilidad de su carácter.

Una enfermera entró a la habitación de Julia para informarle que ya habían localizado a su esposo, también le indicó que debía extraerse leche del pecho para que pudieran alimentar al niño. Ella se quejó explicándole que hasta ese momento no conocía a su hijo.

—¿Dónde está mi bebé? —volvió a preguntar, ansiosa—. ¿Él está bien?

La enfermera asintió.

—Como comprenderá, por su condición prematura debe permanecer en la incubadora, pero podrá conocerlo desde ahí, si así lo desea ahora —respondió mostrando una actitud comprensiva. Julia correspondió a este gesto respirando aliviada. Aunque quería verlo, se sentía sin mucha energía para hacerlo. Antes deseaba ver a Rafael. En aquel momento escuchó el sonido de la puerta que se abría, se trataba de él. Se aferró a su pecho, donde encontró la calidez que por fin calmó el frío de su cuerpo; él la miraba amoroso y esa mirada la hacía sentirse más fuerte: la reanimó. Pese al dolor de la herida, se encaminó hacia los cuneros apoyándose del brazo de su esposo y de aquella enfermera que se había portado como un ángel. Estuvo frente a su hijo por bastante rato, en un estado de contemplación, como si lo desconociera e intentara convencerse de que ese niño era el suyo. La enfermera le pidió que fuese a descansar, pues había pasado por mucha tensión y lo mejor era no someterse a “más emociones”, explicó.

—Nosotros lo cuidaremos con la devoción de una madre —aseguró.

Era normal que Julia tuviera ese extrañamiento hacia el bebé, dada la condición del nacimiento, dijo el obstetra, para tranquilizar a Rafael. Agregó, además, que la disponibilidad para el encuentro entre madre e hijo sería dificultosa, lo que probablemente aumentaría los sentimientos de ansiedad de Julia con respecto a él. Le pidió fuese muy comprensivo con su esposa y estar muy atento a sus necesidades porque era probable que también presentara cambios dramáticos de humor: el síndrome del baby blues, “nada que no pudiera superarse con el amor y la

comprensión de su familia”, aseguró.

Las reacciones psicológicas de las mujeres que habían dado a luz por cesárea podían ser muy variadas. La más generalizada era la sensación de pérdida o duelo por no haber tenido el parto soñado, que podía verse reflejada en expresiones del tipo: “Nunca voy a saber qué se siente parir”, “soy una mala madre”, “fui incapaz de traerlo al mundo”.

Las madres también se hacían recriminaciones del tipo “¿por qué yo no pude parir?, ¿tendré algo mal?”.

—Ahora que estés en casa es necesario que te alimentes bien, ¿me entiendes? —le dijo el doctor Altamirano a Julia—. Te daré una dieta rica en hierro y proteínas, y baja en sales para que estés fuerte y puedas alimentar a tu bebé con la leche de tu pecho. No hay mejor alimento que la leche materna para un recién nacido. ¿Me has comprendido, verdad?

—Sí, claro —respondió Julia con obediencia, aunque parecía desorientada y no ser consciente del estado del niño. Tenía la sensación de estar viviendo una irrealidad y solo la actitud razonable y concienzuda del doctor la hizo plantarse en la realidad.

Con actitud tranquila y firme, Altamirano le comunicó que ella sería dada de alta en dos días y que el niño debía permanecer al menos 2 meses en terapia intensiva, bajo observación, en la Unidad de Cuidados Especiales para Neonatos mientras alcanzaba la maduración (peso, estatura y la regulación de las funciones vitales que permitirían su supervivencia, como la succión, la respiración y la deglución).

Las políticas de las Unidades de Cuidados Especiales para Neonatos tenían sus limitantes, pues solo admitían visitas regulares de los progenitores, con algunas restricciones de horario, obligando a la madre a presentarse a diario para que pudiera llevar la leche materna que sería administrada al bebé mediante alimentación trófica.

El doctor Altamirano lamentaba que la UCIN no tuviera los recursos para admitir un cambio en su organización y funcionamiento; los estrictos controles de entradas y salidas que se mantenían eran, dada la falta de infraestructura, para evitar riesgos de contagio o infecciones; la tecnología con la que se contaba no sería suficiente para atender las complicaciones que los niños pudieran presentar debido a su vulnerabilidad. Él era el primero que abogaba, en las juntas del hospital, por que se buscara mejor equipamiento, admitiendo, también, que se necesitaba desarrollar una consciencia del derecho que tenían los bebés y sus familias de acceder a un programa de atención integral, permitiendo que los padres permanecieran en constante contacto y comunicación, en horarios extendidos, para que pudieran aprender acerca de los cuidados de neonatos, lo cual facilitaría la adaptación en casa.

Julia hacía un esfuerzo por cumplir con las visitas a la UCIN, que no habrían de durar más de dos horas al día. Si incurría en alguna falta, se hacía acreedora a una sanción por parte de Trabajo Social. Sin embargo, contemplar al pequeño encerrado en una incubadora, frágil, débil, tembloroso, conectado con cables a aparatos, le provocaba una sensación angustiada. Dudaba de la sobrevivencia del niño en semejantes condiciones, pese a que el doctor se mantenía bastante optimista señalando que el niño había demostrado tener mucha fortaleza; no parecía muy entusiasmada ante sus pronósticos, era en aquellos momentos en que se sentía como la peor madre del mundo, ¿sería esto, que le ocurría a ella, la falta de instinto? ¿Y si su vocación no fuese ser madre realmente?

Capítulo II

Postparto

Se llegó el día en que el médico le anunció a los ansiosos padres que el niño sería dado de alta; pese a la fragilidad de su sistema inmune, había demostrado gran fortaleza y resistencia. Era un pequeño guerrero, dijo con orgullo. Incluso, se atrevió a decir que aun con las complicaciones que había tenido, gozaba de una muy buena salud. Las palabras del médico emocionaron a los padres, hasta el punto de las lágrimas.

El hecho implicaba un desajuste en el sistema familiar que debía pasar por un proceso de adaptación paulatino en el que la pareja debía identificarse con los nuevos roles, amoldándose cada uno a la nueva dinámica. Esta transición tendría sus fallas de vez en cuando o pequeños desajustes que, al superarse, lograrían la funcionalidad. Julia sintió un estremecimiento; su actitud y comentarios parecían fuera de lugar, pero nadie les tomó la importancia debida porque, como suele suceder, cuando los bebés nacen las madres pasan a un segundo plano y los infantes se vuelven el centro del universo.

—Si el nene estará en casa, no quiero volver ahí... —pronunció Julia con frialdad. Rafael atribuyó su actitud al nerviosismo que le provocaba la situación, y adoptó una actitud comprensiva.

—Vamos, querida, estás un poco tensa —la encaminó al coche, mientras las abuelas se disputaban quién sería la que cargaría al niño por primera vez.

—¡Pero mira qué lindo, es un terroncito de azúcar! —exclamó la madre de Julia.

Doña Elena ahora se hallaba totalmente arrepentida de sus actitudes del pasado, dándole la razón y permitiéndose hacerle cariñitos al nene que le había ablandado el corazón de piedra.

Todos lo mimaban, excepto la madre, quien se sentía recelosa de las atenciones que recibía el niño. Las abuelas seguían murmurando, ignorándola por completo.

—Yo le encuentro parecido a mi marido fallecido —dijo doña Elena, llenándose de orgullo.

—No quiero que usted se acerque a mi hijo —señaló violentamente ante el desconcierto del marido y su madre.

El doctor Altamirano y el cura de la Iglesia le habían asegurado que la brujería no existía y que la suegra no podía tener el poder de afectarla de algún modo, pero Julia no había quedado muy convencida... Doña Elena la disculpó asegurando que estaba muy nerviosa, y como, finalmente, no tenía ninguna prueba de lo que la vieja bruja le había hecho prefirió guardar silencio mientras maquinaba alguna forma de deshacerse de ella. La idea la obsesionaba.

—¡Ay, pero qué precioso es! ¡Míralo, hijita! —su madre le acercó al niño, incitándola a cargarlo, sacándola de sus cavilaciones y haciendo que aquel mal momento quedara olvidado.

—No sé cómo, me da miedo —reconoció Julia.

—¿Pero cómo te va a dar miedo, hija? Es tu bebé, tú sabrás cómo hacerlo —le dijo entregárselo. Julia se sintió torpe al recibirlo en brazos, pero el bebé giró la cabeza hacia un lado buscando su pecho. Parecía reconocerla como la madre.

Por instinto, el nene hizo un movimiento de succión, señal de que Julia debía descubrirse el pecho. Así lo hizo ella, acercárselo a su carita, y permitió que él succionara con la fuerza suficiente para extraer su alimento vital hasta saciarse y quedarse profundamente dormido.

La peculiar personalidad que demostró el niño, con el paso de los días, dificultaba el proceso

de adaptación de los padres hacia él, en especial el de Julia, a quién le costaba mucho esfuerzo conectar con sus necesidades. Había crecido con la creencia de que las buenas madres sabían identificar muy bien y sin margen de error, el motivo del llanto de sus hijos: cuando tienen hambre, cuando tienen frío, cuando necesitan que se les cambie el pañal o tienen cólico. Las madres no podían explicar esta habilidad de ningún otro modo que no fuera “instinto”; para Julia eso resultaba confuso y abrumador. Javier era un niño demasiado demandante; al sentirse lejos de ella o desatendido, estallaba en un llanto colérico y estridente que ponía los pelos de punta.

Una de tantas noches, el sueño de Julia se vio interrumpido por un sobresalto. Escuchó un grito desde la cuna y se levantó ansiosa. Corrió a la cocina y tomó un biberón con las pinzas para esterilizarlo. Mientras lo preparaba bostezaba intensamente, pero el bebé lo rechazó pegando grititos de intolerancia.

—Vamos, bebito, tómate el biberón, por favor —suplicaba ante el chiquillo que pateaba y desmorecía. Pretendió apaciguarlo. Le sacó de la cuna mientras lo arrullaba intentando recordar las estrofas de alguna canción de cuna. Lo apretó, suave, contra sí y, por reflejo, el bebé buscó su pecho y lo mordió con agresividad. Julia cerró los ojos y unas lágrimas se escurrieron por sus mejillas. Se sentó en la mecedora canturreando y, poco a poco, mientras amanecía, el bebé fue quedándose dormido. Ella luchaba por mantenerse despierta. Sentía que por más esfuerzos que hiciera, cubrir las necesidades del nene, de manera adecuada, resultaba una tarea abrumadora.

En términos médicos, Julia había carecido del *replegamiento*, la actitud de la madre de centrarse en la existencia de su hijo recién nacido adaptándose a él. Esto permitía captar de forma directa e inmediata todo lo que le sucediera para poder satisfacer sus necesidades, dándole, en la mayoría de los casos, una respuesta acertada a sus requerimientos reales, pero sus constantes fracasos incrementaban los sentimientos de frustración.

—Querida, ¿no crees que lo mejor para ti y nuestro hijo sería que trajéramos a una niñera a casa? —le preguntó el marido durante el desayuno—. Me parece que todavía no estás recuperada —señaló cariñoso.

—¿Quién ha dicho eso?

—Lo ha sugerido mi compañera de trabajo, Mabel.

—¿Y ésa quién es? ¿Y cómo se atreve a opinar acerca de mi vida? ¿Qué tanta confianza hay entre ustedes como para que expongas nuestras intimidades ante ella?

—Tranquila, Julia, fue un simple comentario.

—No quiero que expongas nuestra vida con desconocidos.

—Mabel no tiene malas intenciones.

—¿Quién es? —preguntó con recelo.

—Nadie, no es nadie.

—¿Quién es? —insistió Julia con hostilidad.

—Es la nueva gerente de la línea Élite, tenemos unas semanas trabajando juntos.

—¡Oh! Y ya hasta le cuentas de nuestra vida y nuestros problemas...

—Me parece que estás tensa —observó Rafael.

—No, qué va, cómo crees —contestó Julia, sarcástica.

—Vamos, te ayudo a levantar la mesa mientras llega tu madre —le dijo para disminuir la tensión que se había generado entre ambos.

Doña Julieta tenía la intención de sacar a Julia del encierro en el que vivía últimamente. Pensaba que no era sano que pasara tanto tiempo mirando el televisor y que debía intentar distraerse, despejarse un poco. Le vendría bien el aire fresco de la ciudad, mirar tiendas con ropa de moda, ir al salón de belleza o pasearse por Galerías mientras degustaban un buen café, sentadas en la terraza del centro comercial. Una salida madre e hija permitiría fortalecer la comunicación y la haría sentirse acompañada en momentos difíciles, pero Julia no mostró demasiado entusiasmo, pese a las buenas intenciones de su madre. Se quejaba de sentirse muy cansada. Dijo que había días en que ya no deseaba despertar, con una frialdad y una convicción que le provocaron un estremecimiento a la madre: esto la impulsó a llamar a su yerno para recriminarle que no atendiera a la problemática de su esposa como era debido.

—Sí, suegra —asentía Rafael por teléfono—. Yo sé que Julia está mal.

—Yo no sé qué vamos a hacer con esta niña, en serio —decía doña Julieta, muy afligida.

—El doctor dijo que estos comportamientos eran normales.

—¿Cómo van a ser normales?

—Pues no sé qué decirle, suegra...

—Mira, Rafael, cuando iba a nacer Julia me dieron tremendas contracciones que me hacían retorcerme del dolor, entré a labor de parto y al día siguiente del nacimiento salí con la bebé en los brazos, como si nada, caminando y sintiéndome perfectamente normal. La niña nació muy sana, sin ninguna complicación, pesando 2.800 kilogramos. No sé qué les pase ahora a las mujeres, supongo que la vida es más estresante que hace 20 años...

—No lo sé, suegra. Quizá Julia sea más sensible.

—Entonces cuidala, por favor.

—Pero... ella ya no es una niña.

—Yo lo sé, sin embargo, me parece que esa obsesión tuya por el trabajo hace que no veas la realidad en tu casa —lanzó un obvio reproche—. ¿Están mal como matrimonio? Sabes que no me gusta meterme en sus cosas, pero... ¿está pasando algo malo entre ustedes?

—Es solo tensión por el bebé. Estamos nerviosos...

—Bueno, entonces intenta ser más comprensivo con Julia —dijo la mujer antes de colgar el teléfono, dejando a Rafael bastante desconcertado, él también sufría, aunque calladamente. En realidad, no se hallaba muy seguro de que su esposa fuese capaz de cuidar a Javier, pese a que ella había insistido, obstinada, en que sabría manejar la situación. Esa noche, cuando llegó del trabajo, la encontró en la cocina con el televisor encendido en la sala. La casa estaba hecha un desastre. Trastes sucios, migajas de comida en la sala, cucarachos paseándose por el trastero; los closets y roperos en desorden; se encontró con ropa en los pasillos, el piso estaba lleno de polvo y suciedad; los cestos de basura se desbordaban atrayendo a las moscas; el baño estaba sucio, los muebles lujosos se habían llenado de polvo y Julia ni siquiera se había bañado. No había tenido tiempo de hacer la cena, pues no podía despegarse del niño. Prepararía algo rápido, aprovechando que dormía apacible —explicó.

—Cuéntame, ¿cómo te fue en el trabajo? —fingió interés. Rafael se sintió complacido de que Julia demostrara iniciativa y se interesara en sus cosas. Justo iba a decirle que había estado pensando en buscar otro empleo, pues las cosas comenzaban a complicarse, cuando el chillido del bebé lo interrumpió: se había despertado al sentir la ausencia de la madre en el cuarto.

—¡Oh, querido! —exclamó ella alarmándose—. ¿Podrías echarle una mirada al bebé mientras termino de prepararte un *omelette*?

En realidad no le apetecía. Habría preferido decirle que él se hacía cargo de la cena y ella

fuera a ver qué necesitaba el bebé porque “las madres siempre saben lo que sus hijos necesitan”, pero no fue capaz de decírselo, no quiso que sus palabras se malinterpretaran o que ella las tomara como una queja por hacer algo que también le correspondía.

—Claro, querida —se levantó de la silla mostrando conformidad, preguntando si iba a tardar mucho.

—No, enseguida está listo. Vigila al niño mientras me doy un baño. Será un momento...

—Querida, me muero de hambre. ¿Y si pedimos una pizza? —sugirió Rafael.

—¡He dicho que no! —se impuso ella—. Puedo manejar las cosas, solo necesito una mano. Tú trabajas y trabajas para pagar esta residencia y yo debo cuidar a este bebé que no duerme cuando debería hacerlo y se la pasa llore que llore que llore, parece como si no estuviera a gusto aquí. Todos los días es así, me rompe la cabeza, no me deja dormir, tengo jaqueca.

—¡Estás con jaqueca por mirar tanta televisión!

—¡No es así! Mirar televisión me relaja, me hace olvidarme de lo que tú me haces —lanzó un duro reproche—. No me interesa lo que tengas que decirme, suficiente tengo con mis problemas como para que me abrumes con los tuyos —recriminaba Julia.

El niño se había despertado por la voz exaltada y por el sonido del televisor. Rafael lo sacó de la cuna, intentando que volviera a conciliar el sueño y lo habría logrado de no ser porque la música de entrada del show de Valentina sonó tan alto que hizo que el nene se sobresaltara. Julia se había olvidado por completo del *omelette*. La cacerola comenzó a arder en el fuego desprendiendo humo negro. La llamarada alcanzó la campana de la estufa y desató un conato de incendio en la cocina, lo que provocó sus gritos histéricos y alteró aun más al bebé que lloraba en consonancia con ella. Rafael logró controlar las llamas con un extintor; quiso aminorar los sentimientos de culpa de ella, pero Julia se echó a llorar consciente de que ese descuido pudo haber provocado una tragedia. Rafael se portaba comprensivo, evitó hacer algún comentario o recriminación, pero en el fondo no podía ponerse en su lugar, ni entenderla como ella quería.

Se sentía culpable, abrumado, no sabía que más hacer para ayudar a Julia. La distancia entre ambos se acentuaba, también la tensión.

Hacia unas semanas que Mabel Monsiváis se había integrado al consorcio “Art Deco” ocupando el cargo de la gerencia élite, puesto que requería de una actitud metódica y aguda inteligencia. No tenía mucha experiencia en el ramo, pero sí una gran naturaleza intuitiva, cualidad que no poseían los hombres de negocios y que le proporcionaba una ventaja para tomar decisiones orientadas hacia el cambio. Ella había hablado por más de una hora frente a Rafael: “¿Estás escuchándome?, y este no parecía muy concentrado en sus palabras. Pensaba que las situaciones expuestas por Mabel en el diagnóstico de la empresa, que aquejaban al negocio desde hacía unos meses, eran los mismos problemas en todas las empresas. La pérdida de clientes por un mal manejo en el servicio, el incumplimiento de contratos, la baja en los indicadores de venta, la falta de motivación del personal, enumeró ella. Quería que Mabel terminase con eso.

—Te oigo, pero no te escucho —reconoció—. Francamente, no tengo cabeza para esto.

—Entiendo —dijo ella—. ¿Pasa algo? —Rafael asintió con la cabeza—. ¿Quieres hablar sobre eso?

—No sé si sea prudente —reconoció él.

Mabel se puso de pie y el hombre fue tras ella, sin saber por qué. Deseaba que se quedara y le hiciera compañía, tanto como necesitaba ser escuchado y comprendido por Julia. Mabel mostró una sonrisa que aparentaba comodidad, en el fondo se encontró confundida.

—Vale, descansemos un rato —dijo ella, sentándose en el sillón con actitud relajada y las piernas distendidas—. Vamos a trabajar mucho tiempo juntos, así que pienso que no pasaría nada si abandonas un poco esa formalidad tuya —sonrió.

—Me alegra que seas tú quien lo diga.

—¿Qué pasa? —mostró disposición de escuchar.

—No puedo concentrarme al cien por ciento en el proyecto.

—¿Se trata de Julia, verdad? —intuyó la joven.

—Sí.

—Y ahora ¿qué es lo que pasa?

El hombre pudo encontrar desahogo ante la situación que se tornaba cada día más tensa en el hogar. Habló de los roces que tenía con Julia, sus frecuentes arrebatos y cambios de humor. Mabel sugirió que debía ver a un psiquiatra.

—Pero... Julia no está loca.

—No estoy diciendo eso, solo creo que necesita ayuda profesional. Algunas madres suelen pasar por etapas complicadas. ¿Sabes? Lo he leído...

Aunque la presencia de doña Julieta era como un dolor de cabeza, en aquella ocasión Julia estuvo contenta con la visita de su madre.

—¿Qué estabas haciendo que tardaste tanto en abrir? Tenía 15 minutos llamándote, llegué a creer que no había nadie, de no ser por el ruido infernal del aparato ese —parloteaba reprendiéndola como cuando era niña.

—¡Discúlpame, mamá! Te juro que no escuché, me da mucho gusto que vinieras a visitarme —la hizo pasar con apremio—. Siéntate, quiero contarte algo.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata? —la madre se sintió más tranquila al notar que Julia tenía un mejor semblante.

—Pues mira —decía con excitación—, anoche que llegó Rafael estuvimos platicando por bastante rato. Me dijo que estaba muy preocupado por mí y mis cambios de humor, ya sabes —usó un tono y una expresión en el rostro que le restaba importancia al hecho—. Y entonces... me insinuó que debía ver yo a un psiquiatra. ¿Te das cuenta? ¡Mi esposo piensa que estoy loca!

—¡Ay, mi vida, cómo crees! Ir con el psiquiatra no tiene nada de malo.

—¿De modo que fuiste tú quién se lo sugirió? —preguntó recelosa.

—¡No, querida, cómo crees!

—Entonces fue la bruja de mi suegra... ha de querer que me encierren en el manicomio.

—No creo hija, además desde que nació “este pedacito” (refiriéndose al bebé, al que sostenía en los brazos), tu suegra te adora.

—No me adora a mí, sino al bebé —agregó con resignación.

—Como sea, yo creo que Rafael está preocupado por ti —tosió—. Todos lo estamos. ¿Te has puesto a pensar que esos cambios de humor que tienes no son normales? —su madre le habló en tono severo—. Debes tener mucho cuidado. Javiercito depende totalmente de ti.

—Rafael te contó sobre lo del incendio del *omelette*, ¿verdad?

—¡Por ejemplo, eso! —señaló la madre gravemente.

—Fue un accidente, mamá.

—Me da mucho miedo que pasen ese “tipo de accidentes” y estés sola en casa. ¿Ya pensaste en

contratar a una niñera?

—Mira, mamá, francamente creo que ustedes están exagerando.

—¿De veras lo crees, hija? Creo, el encierro te está haciendo mucho daño, estabas mirando televisión cuando ocurrió el accidente en la cocina, ¿verdad?

—Bueno... —resopló—, si ir con el psiquiatra los hace a ustedes sentirse más tranquilos...

Julia había estado pensando de dónde habría sacado Rafael la idea de que fuera a ver a un psiquiatra. Estuvo cavilando bastante hasta que, después de unos días, cayó en la cuenta de que, probablemente, fuera la misma persona que había recomendado una niñera en casa. Su mente le estaba jugando malas pasadas...

Por aquellos años, se transmitía el exitoso melodrama *Dos mujeres y un destino*, que iba de la vida de un médico muy reconocido y su esposa, matrimonio ejemplar e ideal al que todos admiraban, que se veía amenazado por la presencia, mejor dicho, por la sombra de Jenny, que era una linda enfermera de clase baja y rostro angelical, prototipo de muchas de las heroínas de telenovela.

Aunque esta, en lugar de ser la típica protagonista dulce y bondadosa, víctima de los abusos de los demás y de un sinfín de tragedias de las que al final salía fortalecida, era la villana de la historia. Jenny era una chica linda, que escondía en sus facciones angelicales, la crueldad, la maldad y una sed de ambición que en la historia, la habían llevado a armar un ardid para robarse al marido de la protagonista, en complicidad con la sirvienta de la residencia donde vivía el matrimonio, en Miami. Jenny había fingido amistad hacia la esposa del médico, mostrándose como la amiga más incondicional para lograr que le abriera las puertas, no solo de su corazón, sino también las de su casa. El plan consistía en hacerle creer a la esposa que la residencia estaba llena de fantasmas para volverla loca y, así, convencer al marido de internarla en un hospital psiquiátrico para tomar su lugar, convirtiéndose en la única dueña y señora. Esto era poco para las ambiciones de Jenny, porque una vez que lograra lo primero, decía su monólogo frente al espejo, el siguiente paso sería la muerte del marido, heredando su gran fortuna. ¿Ocurrirían estas historias en la vida real? —se preguntaba Julia.

Doña Julieta seguía muy preocupada por sus cambios de humor y sus ideas fantasiosas. En la última visita que le había hecho, Julia le hizo una confesión que la dejó inquieta. Denotaba un estado alarmante, hablaba con premura, decía muchas cosas sin sentido, ansiosa, pero lo más era que se había vuelto fantasiosa. Lo que le contó aquella tarde terminó por convencerla de que era urgente que Julia viera al psiquiatra, aunque se hallaba desconcertada de estos cambios de humor y personalidad tan repentinos.

—Mamá, tengo que cuidar a mi marido. Estoy casi segura de que Rafael me está engañando. Lo siento, lo intuyo —decía Julia, intranquila, yendo de un extremo a otro del gran salón, como un animal enjaulado, tocándose el pecho; según decía, cada que pensaba en lo que podría hacer lejos de sus miradas, el corazón le latía más fuerte, podía escucharlo en las sienes.

—¿Cómo vas a creer eso, mi amor? Si Rafael te adora —la madre intentó apaciguar su agitación—. Hoy hasta te mandó flores —señaló admirando el hermoso arreglo de rosas rojas que adornaba la sala.

—Por eso mismo, mamá —insistía Julia—. ¿Acaso no sabes que los hombres envían flores para calmar su conciencia? Esos comportamientos los delatan. Lo vi en la telenovela.

—Yo no creo que Rafael sea capaz de algo así...

—Bueno, tal vez él no lo haga y sea la tal Mabel quien esté incitándolo...

—¿Mabel?

Julia le habló a su madre de Mabel, la nueva gerente de la línea Elite que tenía unas semanas trabajando con Rafael. Parecía que se llevaban bastante bien, más allá de una simple relación de colegas de trabajo; su marido incluso le contaba las intimidades de su vida matrimonial, por lo que ella estaba muy bien enterada y hasta se había atrevido a sugerir que contrataran a una niñera. Le parecía de muy mal gusto que Rafael exhibiera sus problemas con una desconocida, cuando él mismo decía que no era bueno mezclar los asuntos personales con los del trabajo, pero ahora le tenía mucha confianza a la tal Mabel. Hasta sospechaba que su marido no era capaz de tomar alguna decisión si no se lo consultaba a ella primero, eso le daba a entender él cada que su nombre salía a relucir en la mesa, mientras compartían las cenas, parecía como si la admirara o... Julia interrumpió el relato.

La madre estuvo de acuerdo con su hija en algunos puntos, pero pensar que entre ellos pasaba alguna cosa era morboso, era fantasear demasiado... la actitud de Julia la preocupó, la desconocía. Intentó, en vano, convencerla de que sus pensamientos estaban distorsionados, pero Julia se mostró obstinada, como si poseyera la verdad universal y la razón.

—¡Te digo que me lo dice la intuición! —insistió, irascible.

—Sugiero que no hagas alguna cosa que pueda hacer enojar a tu marido —recomendó doña Julieta, mostrándose razonable.

Julia dio por terminada la discusión: tomó una resolución firme echando en saco roto los consejos de su madre.

A la mañana siguiente se presentó en las instalaciones de Art Deco y, con actitud imponente, anunció a la asistente de su marido que fuera a buscarle pues quería darle una agradable sorpresa. La joven la reconoció por la foto que el ingeniero tenía en su escritorio donde sonreía genuinamente mostrando su encanto y porte. Era ¡delgadísima! Tenía el aspecto de una modelo de pasarela de Victoria Secret. Su presencia, tan elegante, causaba la admiración y atraía la atención de todas las personas a su alrededor, fuera a donde fuera. Este sentimiento que despertaba en los demás la satisfacía.

—¿Podrían decirle a mi marido que estoy esperándole?

—Enseguida, señora Julia.

—Gracias —sonrió.

Mientras esperaba ser recibida, se puso a admirar la fina decoración de los corredores de la empresa, reconociendo el buen gusto de los diseñadores y el gran trabajo que hacía el equipo de publicidad. Cuando uno miraba los espacios quedaba realmente convencido de hacer una remodelación al hogar. Estaba tan entretenida que no se había dado cuenta que una mujer de apariencia menuda y delicada la miraba con fascinación. Se acercó a ella con amabilidad, tomándole por el brazo con suavidad para encaminarla a uno de los sillones de la sala de estar, dónde podría ponerse cómoda mientras esperaba: “¿Julia?”.

La mujer giró la cabeza al reconocer la voz que alguna vez había llamado a casa por teléfono buscando a Rafael.

—¡Hola! ¿Qué tal? ¡Me da gusto verte tan bien! —sonreía genuinamente—. ¿Cómo está tu bebé?

—¿Discúlpeme? —preguntó Julia, confusa.

—Eres Julia, ¿no? ¡Oh, discúlpame! —se adelantó a decir—. He sido tan distraída que no me he presentado. Soy Mabel Monsiváis, gerente de la línea Elite —ofreció su pequeña mano para darle un cálido saludo mientras seguía admirándola.

—¡Oh! —Julia sufrió una fuerte impresión. El corazón le latió de prisa, rechazó el saludo

echándose hacia atrás sutilmente—. Así que tú eres la dichosa Mabel —su voz sonó alterada, la otra chica se halló desconcertada por ese cambio de actitud—. ¡Así que tú eres la buscona que quiere robarse a mi marido! —dijo en tono alto para que todos pudieran escuchar claramente lo que decía.

Se hizo un silencio incómodo. Los presentes no pudieron evitar dirigir unas miradas indiscretas hacia ambas mujeres ante tan escandalosas declaraciones. A Julia no le importaba perder “el porte” con tal de humillar y poner en su lugar a Mabel, quien se hallaba consternada por el bochorno. La actitud de Julia la tomaba por sorpresa, la cara le ardió por la vergüenza y la frustración de no saber defenderse. Las secretarías y asistentes la miraban, como si creyesen en lo que decía Julia, demostrándole simpatía por ser la esposa y reflejando su recelo hacia Mabel; una chica talentosa, joven y guapa, obviamente, no contaba con su aprobación.

—Discúlpame —se aclaró la voz—, es evidente que estás confundida.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces cómo es que me sugieres contratar a una niñera para cuidar a mi bebé? ¿Eh? Tan enterada estás de mi vida.

—No permito que vengas a ofenderme y levantarme falsos —se defendió Mabel—; yo no te he hecho nada.

—Estoy aquí para asegurarme de eso —respondió Julia, con hostilidad—. Te lo advierto. Aléjate de mi familia, deja de estar de entrometida. ¿Entendiste?

—Rafael y yo somos colegas de trabajo y nada más —balbuceó Mabel.

—Este tipo de cosas pasan todo el tiempo —aseguró Julia.

Mabel estaba tan avergonzada por la escena que no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas, que intentaba reprimir, mientras Julia mantenía una actitud de soberbia y superioridad. Su comportamiento había desatado las habladurías entre los empleados que habían presenciado la discusión. Había logrado poner en duda la reputación de Mabel, además de humillarla en público y hacerla llorar por los pasillos de *Art Deco*.

Más tarde, cuando Rafael llegó de visitar a unos clientes, no faltó quién le fuera con el chisme completo. Mabel no había dicho nada por vergüenza, pero el ingeniero De la Garza se mostró tan enfadado con Julia cuando llegó a casa que por primera vez le habló en tono alto y molesto.

—¿Me puedes decir qué mierda te pasa ahora? ¿Con qué derecho te presentaste en el corporativo para humillar a Mabel de esa manera y a hacerme un escándalo? ¿Qué coños te pasa? ¿Acaso te he dado motivos para que desconfíes así de mí?

—¿Por qué la defiendes tanto? —preguntó Julia con cinismo.

—No entiendo cómo puedes imaginar esas cosas —resopló Rafael, abrumado y conteniéndose de usar la violencia. Se hallaba tan molesto por el atrevimiento de Julia y, al mismo tiempo, demasiado avergonzado por su comportamiento. Pensaba pedirle una disculpa a Mabel, a la mañana siguiente, en nombre de ella. Temía que su comportamiento afectara la muy buena relación de trabajo que ambos tenían, esperando que tuviera la madurez para olvidarlo todo y no le tomara mucha importancia al hecho. Aunque ahora se encontraba totalmente convencido de que Julia debía ver a un especialista.

Esa noche se fue a dormir a la sala. Había decidido “castigar” a Julia con su ausencia en el lecho matrimonial, además de aplicarle la ley del hielo, pero a ella poco le importó. Esa noche en especial se encontraba más nerviosa e irritable que de costumbre. El bebé se había despertado chillando; chillaba y chillaba de manera estridente, pese a que Julia había intentado dormirlo arrullándolo de mala gana y dándole una mamila que rechazó con intolerancia. Le inspeccionó la ropa, el pañal y la cuna para dar con la causa de su malestar, pero no había notado nada extraño.

Ya no hallaba qué hacer para que se calmara, la cabeza se le partía en dos al tiempo que sentía como si su cerebro colapsara. El llanto del niño hacía que le sangraran los oídos; incluso podía escuchar un zumbido muy molesto en sus tímpanos y se preguntaba: “¿Por qué carajos Rafael no se despierta?”.

Iba de un lado a otro de la habitación con la criatura en brazos, exasperándose por sus gritos. Pensaba que era feo y desagradable. Unas voces en su cabeza le confirmaban lo que pensaba de su hijo: “En realidad sí, es bastante feo, está deforme, haz que se calle”.

Colocó al niño en la cuna con sumo cuidado, luego tomó uno de los almohadones blancos de plumas levantándolo en el aire con manos temblorosas. Aunque el bebé se había tranquilizado ya y apenas lloraba en tono bajito, ella acercó el almohadón hacia su carita y la cubrió por completo, fue apretando muy suave mientras experimentaba alivio y satisfacción.

—Ya, ya... ahora sí vas a dormir —decía. Comenzó a hacer presión poco a poco... De pronto escuchó a Rafael llamándola gravemente y se giró alarmada.

—¡Julia! ¡Por Dios! —gritó él evitando el infanticidio—. ¿Qué haces?

La alejó del niño que había comenzado a llorar de nuevo. Julia, totalmente desorientada, reaccionó por la brusquedad con que su esposo la había hecho a un lado.

—¡Mi bebé!

—¡Aléjate de él!

Julia estaba fuera de sí, mirada perdida y pupilas dilatadas, temblaba de frío y de terror. Tiró la almohada al piso cual arma homicida. El marido salió aprisa para llevar al bebé al hospital y asegurarse que no tuviera algún daño, Julia fue tras él.

—¡Hijo! ¿Qué pasó? —doña Elena y doña Julieta indagaron alarmadas, una vez que los alcanzaron en la clínica.

Pero Rafael no respondió, sumergido en sus pensamientos. No entendía aquel comportamiento de su esposa, parecía como si la maternidad la hubiera trastornado. Muchas preguntas pasaban por su cabeza en aquellos momentos: ¿Sería que Julia no amaba a su bebé? ¿Sería posible que se hubiera vuelto loca? Si se había vuelto loca, ¿quién cuidaría del bebé? Si había sido capaz de atentar contra la vida de su propio hijo de esa manera, ¿quedaría declarada como “totalmente incapacitada para cuidarle”?, y entonces ¿qué...? ¿Sería Julia recluida en un hospital psiquiátrico? Altamirano pareció adivinar sus pensamientos: como el buen amigo que era, intentó reconfortarlo.

—Aunque lo veas todo negro ahora, siempre hay una esperanza —dijo apretándole los hombros para animarle—. Quizá Julia esté pasando por una depresión postparto.

—¿Depresión postparto? —preguntó Rafael con incredulidad—. ¿Existe eso?

—Mira, voy a recomendarte a una especialista. Los puede ayudar. Es la doctora Lucía Montano —le entregó una pequeña tarjeta con sus datos y le recomendó hacer una cita lo más pronto posible—. Podría tratarse de esta enfermedad —dijo Altamirano al reflexionar sobre los síntomas expuestos en el relato de Rafael—. Muchas madres con depresión postparto agravada, que se conoce como psicosis postparto, han intentado asesinar a sus bebés. Algunas lo han conseguido para luego suicidarse, es triste y horrible en verdad.

Rafael sintió escalofríos, abrió los ojos más y más ante esa espantosa realidad que le congelaba la sangre. Más tarde abrazó a Julia, acurrucándose en sus faldas, como pidiéndole que por favor volviera en sí misma. Bastó este gesto para que ella reconociera que algo estaba muy mal y que necesitaba ayuda profesional.

—Mi amor, por favor, vuelve en ti —suplicaba él en tono desesperado, reflejando la urgente necesidad de recuperar la armonía.

Lucía Montano era psiquiatra perinatal especializada en mujeres embarazadas y madres con problemas de salud mental. Ella les explicó que la depresión postparto era un trastorno del estado de ánimo que afectaba a algunas mujeres después de tener un hijo, acompañado de sentimientos de tristeza profunda, ansiedad, irritación, frustración, entre otros síntomas. Estos se clasificaban en un cuadro típico conocido como *baby blues*. La diferencia entre este y la depresión, era la intensidad y la duración de los sentimientos, pues mientras el *baby blues* duraba alrededor de una o dos semanas, la depresión podía durar meses, incluso años.

Una serie de factores favorecían la incidencia de la depresión postparto, como un embarazo de alto riesgo, un parto complicado; cambios no previstos como la realización de una cesárea de emergencia, acontecimientos estresantes acumulados, falta de apoyo de la familia, la pareja y el consumo de alcohol o drogas.

En el peor de los casos, la depresión podía pasar desapercibida y si se agravaba derivaba en una psicosis que podría poner en riesgo la vida, pues las mujeres eran capaces de intentar contra sí mismas y la vida de sus bebés. En estas situaciones lo mejor era separar al niño de la madre y darle a esta tratamiento psiquiátrico especializado. El éxito de cualquier tratamiento dependía, en gran medida, de la disposición de la madre así como de la comprensión y el apoyo de la familia. Esta condición mental declinaría con el tiempo, si se auxiliaba de medicamentos y del tratamiento psicológico adecuado, aseguró con optimismo.

Julia se puso en sus manos, suplicándole que le ayudara a recuperar a su familia, pues tenía la sensación de estar perdiendo a su marido y también hundiéndose ella misma en un abismo frío y oscuro. Reconoció que amaba a su bebé y estaba muy triste y arrepentida de lo que había intentado hacer. La doctora le pidió que hablara de ese episodio en particular; ella no recordaba muy bien, no sabía por qué se había comportado así. Lo describió como un momento en el que todo se ensombreció de repente. En realidad no quería hacerle daño al niño, pero, reconoció, había tenido pensamientos de lastimarlo o de que algo muy malo le iba a ocurrir por sus descuidos. Dijo que en esos momentos sentía verdadero terror de sí misma y de lo que fuera capaz de hacer, al mismo tiempo sentía que una presencia se apoderaba de ella incitándola a hacer cosas que no quería realmente. Como si alguien la poseyera, describió.

La doctora asentía al relato de Julia, la escuchaba atenta, sin hacer juicios de ningún tipo. Ella aceptó someterse al tratamiento especializado e integral que determinó la especialista, el cual incluía antidepresivos y psicoterapia. Esta combinación logró que tuviese un cambio favorable al cabo de unas semanas de comenzar su rehabilitación. Fue durante la terapia en que surgió el tema de las tensiones que existían entre ella y Rafael. En el fondo se sentía recelosa del trabajo y del reconocimiento que tenía su esposo, pues mientras ella se quedaba en casa cuidando al bebé, él crecía profesionalmente conquistando su ámbito. No entendía a qué venía ese sentimiento de incomodidad, confesaba concienzudamente a la doctora, ser madre siempre le llenó de ilusión; sin embargo, la maternidad, como ella la esperaba, había sido...

—No pude traerlo al mundo —masculló con amargura.

La doctora le pedía reconocer estas emociones y preguntarse de dónde venían; ese enojo, esa rabia, esa culpa que experimentaba.

—Julia —indagó la terapeuta—, ¿has hablado alguna vez con tu esposo sobre los pensamientos que vienen a tu mente? ¿Esas ideas de que algo “malo” le pueda ocurrir a tu bebé?

—No —confesó alarmada—. No me atrevería —se avergonzó.

La doctora escribió en la bitácora:

Pensamientos no deseados e intromisiones reflejan un trastorno obsesivo de tipo rumiante en la paciente, ante una situación que le provoca mucha angustia. Tienen que ver con sentimientos de culpa por no ser “la madre perfecta”.

—¿Por qué? ¿Qué crees que pasaría?

—Me da miedo perder su amor —confesó entre dientes.

—Tu esposo te ha demostrado que te quiere mucho, entendería que estás sintiéndote angustiada. De ahí vienen esos pensamientos obsesivos, no son tus deseos reales, sino temores —explicó la doctora—. Los temores irreales que tienes alimentan la angustia, de este modo los pensamientos adquieren mayor fuerza. ¿De qué tienes miedo? ¿Quieres contármelo? —preguntó comprensiva.

—Tengo miedo de echarle a perder la vida a mi hijo.

—¿Por qué habría de ser así?

—Por descuidarlo o por darle todo —reflexionó—. Ya no sé.

—La crianza de los hijos no es responsabilidad de un solo progenitor —apuntó la doctora—. ¿Qué hay de Rafael?

Julia se encogió de hombros:

—Él piensa que hace lo que le corresponde, pero trabajar obsesivamente para darle una buena calidad de vida a un hijo no es suficiente.

La doctora escribió:

En el inconsciente colectivo y en el imaginario social, la figura de la madre está tan idealizada que se le da gran poder. Si la madre es suficientemente buena el hijo será exitoso. Si la madre falla o comete un error, el hijo podría desviarse hacia el mal camino. Estas creencias irracionales siguen teniendo una gran carga psíquica y social. Esta creencia puede llegar a ser abrumadora haciendo sentir a las madres responsables por todo.

Capítulo III

Karma

En vísperas de diciembre, del perdón y la reflexión por la pronta llegada del niño salvador, Julia sintió un movimiento en el alma que la llevó de visita a la mansión de Las Lomas en dónde su suegra vivía sola desde hacía muchos años. Temprano fue a misa como de costumbre y, después del sermón del cura, permaneció unos minutos más en el templo haciendo la penitencia que el sacerdote le había indicado por desear poner el raticida en el chocolate de la suegra. Cuando al fin sintió alivio espiritual, pasó a la florería del exclusivo centro comercial de Santa Fe, pidiéndole a la empleada le preparase un hermoso ramo de nardos. Manejó rumbo a la mansión pensando en la ironía del destino.

Aunque su suegra se había dedicado a hacerle la vida imposible, Julia era capaz de sentir compasión por su condición de salud. Su estado era grave, dijeron los doctores. No le dieron ni una esperanza a la cual aferrarse, le había dicho Anita, la enfermera de doña Elena, poniéndola al tanto del diagnóstico y los pronósticos de recuperación de tan temida enfermedad. Anita reprobaba esta actitud de los médicos acusándolos de “matar” a sus pacientes “poquito a poquito”, al usar las típicas frases de que “no había nada que hacer” y que “era mejor que estuvieran preparados y no albergaran falsas esperanzas”, como si ellos fueran Dios y tuvieran la verdad absoluta sobre la vida de cada uno de sus pacientes. Decía esto, mientras se encaminaba con Julia por los largos corredores de la mansión.

—Pues ya ve, señora Julia —se lamentó—, el doctor dijo que la enfermedad es progresiva, degenerativa y que no tiene cura. Pero, en mi experiencia, los doctores pueden decir misa —volvía a insistir en el tema, asegurando que los pacientes eran capaces de superar fatídicos diagnósticos, pese a que los doctores ya los hubieran desahuciado.

—¿Y doña Elena? ¿Qué dice de todo esto? —preguntó Julia con interés.

—Ella está resignada, no cree que pueda mejorar por más que he insistido en que la ciencia y la medicina hoy en día están muy avanzadas. No quiere hacerse falsas ilusiones, prefiere ser realista, dice.

—¿Y su condición? ¿Ha empeorado? ¿Ha presentado nuevos síntomas?

—Solo la rigidez y los temblores, de momento. Con el tiempo puede presentar problemas para caminar o sufrir de pérdida del equilibrio. A su edad puede ser muy grave, sobre todo porque su habitación se encuentra en el segundo piso y puede sufrir alguna caída. ¡Se imagina! Su esposo me ha pedido en reiteradas ocasiones que la convenza de instalarse en el primer piso, pero ella es tan terca y obstinada —concluyó al darse cuenta que estaban justo frente a la puerta de su habitación.

Dijo que iría a buscar un florero para los nardos mientras conversaban a solas. Si necesitaba algo, solo tenía que hacer sonar el timbre, explicó. Este era una pequeña chicharra sensible al tacto que sonaba como una ambulancia, colocado justo en el buró, a un lado de la cama de doña Elena, que se podía oír en todas las habitaciones. Este artefacto chino resultaba de mucha utilidad en esa enorme casa.

Julia abrió la puerta lentamente para encontrarla sentada en su sillón favorito, de terciopelo rojo, estilo Luis XV, con una apariencia impecable y elegante. No hubiera podido hacerlo sin la ayuda de Anita. Había insistido tanto en que la enfermera la maquillara y la peinara de manera muy elaborada porque no soportaba que la gente la mirase vulnerable y con la apariencia de un

animal enfermo. Hasta tuvo ánimos de ponerse el mismo collar de perlas que llevaba puesto en la foto que colgaba encima de la chimenea, en donde se podía admirar su belleza en completo esplendor.

—Adelante, linda, pasa —le incitó a sentarse a su lado—. Te estaba esperando. ¿Por qué no has traído a mi nieto? —le recriminó.

—No quiero incomodarla... supongo que debe sentirse de poco humor...

—No, no, al contrario —se adelantó a decir—, su presencia llena de vida esta casa. Quiero cargarlo, acariciarlo, cantarle, jugar con él —hablaba ansiosa y con entusiasmo que se apagó, de pronto, como la pequeña llama de una vela ante un violento soplo.

—¿Cómo se siente?

Su fortaleza se tambaleó ante la pregunta.

—Pues de la chingada —reconoció—, pero no quiero que me vean así. ¿Sabes, querida? —dijo acariciándole las manos—. A veces pienso que esto es un castigo de Dios por haber sido tan mala contigo.

—¡Oh, no diga eso! Desde que nació Javier nos reconciamos, ¿recuerda? Yo no le guardo ningún rencor —expresó con sinceridad.

—Esta enfermedad es cruel, como lo fui una vez contigo, querida. Me encargué de hacerte la vida imposible, pronuncié aquellas horribles palabras y, mira, estás aquí. Tú eres una mujer buena, sabes lo que es el perdón.

—Olvide eso, ya quedó en el pasado.

—Tengo miedo —reconoció. Pero no era de la enfermedad de la que tenía miedo, sino de la posible reacción de Julia.

—Quédese tranquila, doña Elena. Yo no le guardo ningún rencor pese a que en muchas ocasiones intentó joderme la vida. ¡Y vaya que casi lo logra! Le aseguro que podrá contar conmigo y mi apoyo incondicional a partir de este momento. Aquí estaré todas las tardes para hacerle compañía, aunque sea un rato. Le traeré a su nieto para que alegre esta casa. ¡Ánimo! ¡Ánimo! Juntas venceremos a la enfermedad de Parkinson —decía Julia, manteniendo el optimismo—. Hoy en día la medicina está tan avanzada que, estoy segura, podremos superar todo esto. Elena no pudo contener las lágrimas ante la actitud de su nuera.

—Ahora confirmo que tienes un corazón de oro —aseguró conmovida—. Siempre estuve equivocada respecto a ti. ¡Eres una santa! Pensé que me guardarías un insano rencor por todos los malos tratos y deseos que tuve hacia ti. Me atormentaba la idea de que...

—Ya he olvidado todo —sonrió genuina—. Podremos comenzar de nuevo.

—¡Seguro que sí, hija mía! —exclamó pidiéndole un abrazo.

Julia era incapaz de guardar rencor o desearle el mal a alguien genuinamente, pero esa noche sintió que una especie de deuda había quedado saldada entre ella y su suegra. Rafael se admiró ante la disposición que había manifestado su esposa de cuidar y acompañar a su madre todas las tardes, sabiendo que podría ser desgastante y abrumador por los síntomas que implicaba su enfermedad, haciéndose cargo además del niño, que requería de cuidados especiales y toda su atención, pero ella insistía en hacerlo. Tenía la firme convicción de que cualquier enfermedad, por terrible que fuera, podría ser más llevadera en compañía. Sutilmente le daba a entender a su marido que él debía hacer un esfuerzo por hacerle una visita a su madre, pues evadía la situación haciéndose cargo a su manera: le había contratado a una enfermera a su entera disposición, seguro de que ella podría hacerse cargo. Julia dijo que lo que necesitaba su madre era sentir el calor y el apoyo de su familia y no el de una desconocida. Aunque Anita se veía buena gente, nadie les

aseguraba que no fuera a querer aprovechar de la situación. “Caras vemos, intenciones no sabemos”, alertó Julia.

A Rafael le molestaba que Julia hiciera esa clase de comentarios. Parecía que nada de lo que hacía él le parecía bien o suficiente, siempre hallaba algo que criticar o señalar, aunque sin intención o maldad.

Anita estuvo totalmente de acuerdo en que la presencia del niño aliviaría a doña Elena. Javier la quería mucho, pues casi no lloraba cuando lo cargaba y sonreía bastante ante los dengues de la abuela. Julia tenía mucha paciencia. Se portaba atenta a las necesidades de la suegra, bastante servicial, le preparaba galletitas, le dejaba por largo rato al bebé; se encargaba de hacerle el peinado y el maquillaje por si alguien llegaba, de repente, a visitarla; le cocinaba exquisitos platillos, lavaba los trastes, la escuchaba contar distintas historias, aunque no tenía certeza de que fuesen verdaderas o producto de su fantasía. Mencionó haber participado en un *casting* muy importante para representar a Cleopatra en una importante obra de teatro de una compañía extranjera. También dijo haber representado papeles tan importantes como Lady Macbeth, Nefer nefer nefer y Salomé, todas villanas, porque solo las villanas inyectaban de vida el escenario, decía. Nunca se identificó con las heroínas, le parecían aburridas, confesó.

Cuando Julia llegaba a casa se iba a dormir tranquila, rendida por el cansancio y satisfecha de haber hecho “la buena obra del día”. Cualquiera hubiera dicho que era buena, muy buena, casi una santa por tratar así a su suegra, cuando ella se había portado de lo peor, al grado de haber querido asesinar a su nieto. Seguramente ese pecado estaría pagando ahora, víctima de una enfermedad tan horrible. Era justo y necesario, el karma nunca es un visitante inoportuno, pensó Julia, convencida.

Durante aquellas semanas en que se dedicó a atender a su suegra con devoción, notó que esa manía suya de arreglarse y peinarse “para las visitas” era una simple obsesión porque evidentemente no tenía alguna amiga. Estaba más sola que un perro. Nadie más que Anita, ella y el nieto estaban dispuestos a compartirle su tiempo: como ya lo sospechaba, no solo a ella le había querido joder la vida. ¡Hasta su propio hijo se negaba a verla!

Conforme el tiempo pasaba, los síntomas fueron agravándose y también la sensación de desprecio de Julia hacía ella. Perdía la paciencia poco a poco hasta actuar con intolerancia y sentirse enfadada con su suegra, quien ya no era capaz de sostener la cuchara sin que se le derramara el caldo antes de llevárselo a la boca, por ejemplo.

—¡Pero, mira, te has ensuciado el vestido, querida! ¡El vestido de satín! ¡Tendremos que llevarlo ahora a la tintorería o tirarlo a la basura! —exclamó en una ocasión en que ocurrió justo aquello.

El único testigo de los arrebatos de Julia era su hijo, Javier, porque ante Anita seguía siendo la encarnación del amor, la paciencia y la bondad. Estos arranques ante las dificultades propias de la enfermedad de su suegra (los espasmos, la incapacidad de coordinar movimientos y la imposibilidad de hacerse cargo de actividades tan sencillas como proveerse de alimento, cepillarse los dientes o arreglarse por ella misma) no eran sino brotes de sus reales impulsos. No era capaz de llegar a tanto; lo más cruel fue cuando doña Elena le pidió ayuda para usar el inhalador, que en su torpeza había echado al suelo.

—¡Mira lo que hiciste! —le dijo con enojo mientras pateaba el aparato, “por accidente”, haciéndolo rodar hasta el otro extremo de la habitación, en tanto la angustia de la suegra crecía, diciéndole que se estaba muriendo.

—¡Por Dios! —contestó exasperada—. No seas exagerada —le hubiera gustado darle un chingadazo para que se callara, reconoció.

Cuando Julia estuvo segura de que doña Elena había experimentado suficiente estrés, fue tras el aparato y se lo aplicó de mala gana. Aquel momento le llenó de placer, ¡por fin se cobraba todas y cada una de sus maldades!

La suegra parecía consentir ese maltrato, como si intentara redimirse por “lo hija de puta y desgraciada perra” que había sido no solo con Julia, sino con sus amistades, quienes terminaron abandonándola a su suerte, sin volver a preocuparse por ella, como si hubiera muerto hacía mucho tiempo. Anita era la persona que había permanecido más cercana a ella, debido al contrato. Seguía haciendo su trabajo de manera impecable, sin queja alguna. Sentía pena por la vieja, tan bonita y con tanta clase, suspiraba. Lástima que se estuviera volviendo una amargada. La soledad es el destino más triste para un ser humano, pensó.

No le gustaba dejarla sola por mucho tiempo porque se acordaba de doña Cayita, a la que había cuidado un tiempo hasta el día de su muerte. Padecía de esclerosis múltiple. Ella había sido una viejecita muy buena y noble a la que todos los vecinos del barrio le lloraron, el funeral estuvo lleno, recordaba. Siempre estuvo rodeada de gente, era bien alegre y optimista, pero en una ocasión, ya con los síntomas agravados, quiso tomarse el contenido completo de sus frascos de pastillas “para irse pronto”. Hasta escribió una nota dirigida a sus familiares donde les pedía que no fueran gorriones, como en vida, y que se aguantaran las lágrimas porque luego le iban a dar ganas de regresarse para consolarlos. Por último les pidió no olvidarse de que le llevaran mariachi durante el funeral y pusieran unas botellitas de aguardiente encima de la losa, por si le daba sed en el camino. “¡Qué condenada es la abuela!”, dijeron los nietos.

Muchas personas acosadas por las enfermedades degenerativas se deprimían al grado de albergar pensamientos suicidas. Era bueno mantenerlas vigiladas para evitar tragedias. Doña Elena nunca había demostrado querer morirse o síntomas que le indicaran a Anita que estuviera deprimida o con pensamientos de este tipo. Mantenía la misma actitud de siempre, sin demostrar demasiado sus sentimientos, pidiéndole que la arreglara aunque no fuera a visitarla nadie, y así lo hacía la mujer, con delicadeza y calidez, día tras día desde que ya no pudo hacerlo sola. Anita era como su perro fiel o como las muletas de un cojo sin las que era incapaz de mantenerse en pie, por eso su presencia se volvió tan necesaria para doña Elena. Luego de cumplir con esta tarea, que para Anita era la más importante, se ocupaba del quehacer de la casa y de alimentar a los pájaros que la suegra tenía para que le cantasen. Salía pocas veces de la residencia, el centro quedaba bastante lejos, pero aquella tarde apacible y nublada mientras limpiaba la cocina pudo darse cuenta que ya no quedaban suficientes víveres en la alacena y si no se apresuraba a surtir en las tiendas de los alrededores, era probable que tanto ella como Doña Elena no tuvieran qué comer. No podía esperar a la mañana. Corrió las cortinas para tantear las nubes y ver si alcanzaba a salir a hacer los pendientes antes que la agarrara la lluvia. No pensaba tardar mucho, pero siempre que uno sale sin una lista de pendientes termina entreteniéndose por una cosa o por otra. Nunca se imaginó que una tragedia podría ocurrir en su ausencia.

Doña Elena dormía apaciblemente cuando Anita salió de la casa. Sin embargo, se sobresaltó por una pesadilla en la que un ladrón irrumpía en la mansión y, alarmada por unos ruidos en el jardín, se levantó de la cama llamando con gritos a Anita. Al ver que esta no le contestaba, hizo sonar la chicharra y se dio cuenta de su ausencia. Nunca antes había experimentado esa sensación de desvalimiento como esa tarde. El corazón se la engarruñó cuando recordó que el único teléfono en toda la casa se encontraba en la planta baja. Estaba tan paranoica que se le figuró que detrás de los árboles del jardín la acechaban unas sombras desconocidas; ladrones quizás, en busca de joyas, efectivo y cajas fuertes. De eso no tenía nada, en la casa abundaban muebles viejos y piezas

de arte que no interesarían a nadie. Lo cierto era que no se quedaría con los brazos cruzados ante la invasión y, de ser necesario, defendería lo suyo hasta con la vida, pues aquellas cosas eran su único patrimonio.

Se dispuso a bajar las escaleras, aquellas que había bajado por muchos años, mismas que ahora le parecían interminables. Tragó saliva con dificultad, era imposible que pudiera hacerlo sin ayuda... pero el teléfono estaba allí, en la sala. Tan cerca y tan lejos a la vez. Respiró profundamente, aferrándose al barandal, comenzó a bajar despacio, escalón por escalón. Era obstinada, no se dejaría amedrentar, no se dejaría vencer, en esto iba pensando cuando sintió la fragilidad en las piernas, luego un mareo. Perdió el equilibrio como una artista que cae dramáticamente de la barra, golpeándose varias veces mientras caía por las escaleras. Aquello que había percibido era un engaño de los sentidos. No existía el ladrón, nadie había invadido la mansión, ninguna sombra acechaba en los frondosos árboles del jardín.

Cuando Anita la encontró pegó un grito de verdadero terror, creyéndola muerta, pero doña Elena tenía bastante resistencia. Además “hierba mala nunca muere”, había dicho Julia durante la visita al hospital. Rafael se sintió bastante culpable de este episodio, pero era incapaz de admitir sus errores y su falta de responsabilidad. Anita habría de pagar muy caro el descuido, viéndose despedida ante lo que él llamó “incompetencia”, pues le pagaba bastante bien como para que ocurrieran esa clase de cosas; el descuido resultó injustificable y no tuvo más remedio que prescindir de sus servicios.

Julia sugirió al marido que lo mejor para todos era internar a la suegra en una residencia para ancianos, pues su posición económica les permitía pagar esa clase de servicios. Se encargó de investigar y comparar los precios entre una y otra que tenía en mente, enumerando las cualidades de cada una. El dinero no era problema, Rafael podría pagar la cuota que fuera, lo único de lo que debía asegurarse era de que en ese lugar le dieran el mejor trato posible y que gozara de todas las comodidades a las que estaba acostumbrada.

Rafael creía que su madre se resistiría a dejar la mansión que tanto había amado, pero esta aceptó de buena gana. Prefería eso a la soledad o la presencia de Julia en su casa, le había perdido la confianza, le temía. La única condición que había puesto para estar conforme era que le hicieran visitas regulares y le llevaran al nieto; fuera de eso, aceptó firmar el documento de admisión a su nueva vida.

—En este lugar la cuidarán muy bien —aseguró Julia mientras esperaba a su flamante marido, quién se despedía de ella, ocultando las lágrimas en sus ojos. La madre le pedía ser fuerte, no demostrar su vulnerabilidad, diciéndole que no le guardaba rencor por no haber estado a su lado como ella durante sus enfermedades de la infancia. Entendía por qué no lo había hecho y lo perdonaba, liberándolo de todo sentimiento de culpa.

—Aquí estaré bien —resopló haciéndose la fuerte también. Se abrazaron muy fuerte como señal de despedida. Julia se acercó con el equipaje de ella, jalando a su marido y dándole un amoroso beso en la mejilla, indicándole que era el momento de irse.

—Maldita bruja —farfulló la suegra, mirándola con recelo.

Julia sonreía para sus adentros, en señal de satisfacción; había ganado.

—Estas personas la cuidarán muy bien, querido. Son tan bondadosas en verdad. Me encargué de investigarlo todo —decía Julia—. Tienen las mejores referencias. Aquí estará mejor que en ningún otro lugar y nosotros, vendremos a visitarla muy seguido y muy pronto —dio unas palmaditas en el hombro de doña Elena, como acariciándola. No había duda, Julia había resultado peor de lo que pensaba.

La familia gozaba de la felicidad soñada. En unos días celebrarían Navidad. De hecho, Julia sentía al espíritu pasearse por todo su cuerpo mientras canturreaba *Jingle bells, Jingle bells* alegremente y terminaba de decorar las galletitas que había preparado con detalles navideños para llevárselos a las enfermeras que ahora cuidaban a la suegra, con tanta devoción. Suspiró percibiendo el aroma a canela, a credo, a chocolate y colación. Le entusiasmó la idea de celebrar lo feliz que era ahora con una tradicional posada en el amplio jardín de la casa. Rafael asintió diciéndole que era una magnífica idea y que si necesitaba ayuda con ideas de decoración podría preguntarle a Mabel.

Cada que él le recordaba a esa mujer, le ardía la cara de vergüenza. Al menos esas cosas habían quedado en el pasado, pues Julia tuvo la oportunidad de disculparse por medio de una llamada telefónica a Mabel, quien aseguró no guardarle ningún rencor. Pero Julia prefería hacerse cargo de los pormenores sola, aunque reconocía que la colega de Rafael había demostrado tener las mejores ideas para las fiestas y los eventos especiales, mirando las fotos que su marido guardaba en las carpetas de su ordenador. Quedó pensativa sobre si pedir su consejo o no, pues a la posada acudirían los ejecutivos y socios más importantes de la empresa a quienes deseaba impresionar con su buen gusto y estilo, además que era la primera vez que ella ofrecía una fiesta de ese tipo para los compañeros de su marido y era de suma importancia no quedar mal o hacer el ridículo luego de aquella escena de celos en *Art Deco*.

Tenía una semana para prepararlo todo y todavía tenía que arreglar y comprar muchas cosas. Tomó el teléfono para pedirle a su madre que la alcanzara en el centro comercial, pues pasaría a la clínica para la aplicación de la vacuna del nene y luego harían las compras juntas. La madre confirmó que la alcanzaba en el centro.

Tomó al bebé para ponerlo en la silla especial del automóvil, guardó unas cuantas mamilas en la pañalera y dejó un mensaje de voz para Rafael: estaría con él en una hora. Habían acordado hacer la visita a la madre, aprovecharía para dejar las galletas, comerían juntos como familia feliz, pasaría al hospital y al final del día estaría haciendo las compras con la madre y el nene por los corredores del Santa Fe, que tenía programada la inauguración de un exclusivo salón de belleza.

La vida transcurría entre quehaceres cotidianos y superficialidades con bastante normalidad... en apariencia; en la intimidad, en el encierro en la residencia, Julia revivía una y otra vez el trauma del nacimiento de Javier ante situaciones imaginadas que su mente percibía como amenazas reales: estas se disparaban ante los malestares típicos de la infancia, exagerando la limpieza, la seguridad y el orden. El miedo de que algo malo le ocurriese al bebé la había llevado a desarrollar una serie de conductas extravagantes que pasaban desapercibidas para sus familiares. A veces, por ejemplo, se levantaba en medio de la madrugada para asegurarse de que había cerrado la llave del tanque de gas y para comprobar si las puertas de la residencia estaban cerradas con llave. Verificaba que los protectores de las ventanas estuvieran en buen estado y que las luces del corredor se mantuvieran encendidas. Tenía miedo de que alguien pudiera entrar y llevarse al bebé, aunque la idea fuera absurda.

A veces soñaba que doña Elena se escapaba de la residencia y se metía a la casa con intención de robarse al bebé porque siempre lo había querido para ella sola; por eso era que se levantaba en medio de la madrugada, sintiéndose realmente aliviada al contemplarlo dormir apaciblemente

en la cuna, la cual estaba asegurada de manera que parecía más bien una pequeña celda. Por otro lado, su obsesión por la limpieza le hacía sentir que ningún lugar era suficientemente seguro para que el bebé explorase con libertad. Tal pensamiento la hacía desinfectar todos los sitios con los que el nene tenía contacto y hasta lavaba la ropa dos o tres veces antes de ponérsela para evitar alguna infección. Se aseguraba, quién sabe cuántas veces, que la barandilla de la cuna estuviera bien segura, que los biberones estuvieran esterilizados. Incluso, observaba continuamente al bebé mientras dormía para asegurarse que estuviera respirando con normalidad y, si en algún momento dormitaba por el cansancio, se despertaba en medio de un susto o pensamiento catastrófico.

La idea de que el bebé fuera a ahogarse con su saliva, las colchas o algún objeto que llevara a su boca guiado por la curiosidad era una preocupación recurrente. Otras madres parecían más felices y relajadas con sus bebés, ella en cambio vivía siempre en tensión.

Dejó de admitir visitas de sus amigas por temor a que los otros niños, que suponía no tenían los cuidados que tenía Javier, “pudieran contagiarlo de algo”. Últimamente, prefería permanecer en casa en donde podía tener el control... en apariencia.

De vez en cuando aparecía la frustración, pues Rafael insistía en que debía relajarse, ya que le aseguraba que sus miedos eran infundados.

—No me puedo relajar —había confesado a su terapeuta en la última sesión—. A cada momento me pregunto: “¿dónde está el bebé?, ¿está respirando?, ¿está bien?”.

Lucía le había explicado que las madres primerizas no podían pasar más de 2 minutos sin preguntarse acerca del estado de su bebé, pero su caso era diferente.

—Las mentes obsesivas se ven inundadas por pensamientos invasivos que se convierten en preguntas sin sentido: ¿Apague la estufa? ¿Puse los candados? ¿Cerré la llave del tanque de gas? La gente se pregunta eso a veces, con normalidad —explicó—, pero cuando los pensamientos suponen actitudes invalidantes y los cuestionamientos no desaparecen a los tres segundos como sería natural, sino que adquieren mayor fuerza, es cuando se podría hablar propiamente de un trastorno —aseguró la especialista.

Con el análisis minucioso, la doctora Montano había esclarecido el diagnóstico de Julia. Si bien el doctor Altamirano la había referido por depresión, la terapeuta había detectado que se trataba de un cuadro agudo de TOC postparto, pues aunque la joven presentaba momentos de decaimiento y falta de motivación, eran más frecuentes las obsesiones. Estas, en algunas pacientes, podían llegar a ser tan intensas e ilógicas que desencadenaban conductas de riesgo para sí mismas o para sus bebés.

El TOC no solo tenía que ver con la seguridad. A veces venían pensamientos de catástrofes, imágenes de accidentes, tragedias y actos violentos. Aquellos daban vuelta en la mente en un ciclo que parecía no hallar fin. Las personas que vivían con esta condición, eran totalmente conscientes de que sus ideas eran irracionales; sin embargo, tenían que realizar ridículos rituales para encontrar seguridad y alivio. Algunos pacientes contaban, otros cantaban en la mente, otros limpiaban con frecuencia. Estos actos proporcionaban un alivio temporal, pero por más terrible que fuera esta enfermedad, había periodos en la vida en que estos extraños síntomas se calmaban, haciéndole creer a los pacientes que se habían curado mágicamente, pero al cabo de un tiempo los síntomas volvían a aparecer con más fuerza. Esta era la principal dificultad para llevar un tratamiento adecuado, puntualizó la especialista.

En el caso de Julia, la situación era aún más compleja, pues parecía que desde antes del evento traumático del parto había, ya, algunos rasgos de personalidad obsesiva, aunque no un trastorno claramente establecido.

—Julia, querida, sé que te esfuerzas demasiado, pero debes aclarar tus pensamientos y ser consciente de lo que te pasa. Todo es por el bien tuyo y el de Javier —agregó la doctora Montano, con sensatez. Los pensamientos sobre accidentes y enfermedades nos impulsan a ser más cuidadosos y precavidos, pero rumiar acerca de accidentes o peligros con frecuencia no ocurre en una mente sana.

Lucía señaló que los padres agobiados por las preocupaciones no establecían el contacto necesario con sus bebés. Aunque pudiera parecer que estos padres tan preocupados fueran los mejores, en realidad no era así.

—La obsesión que tienes por la seguridad no ayuda a mantener seguro al bebé, sino que se está convirtiendo en una distracción muy peligrosa —advirtió la doctora.

Así, repasando mentalmente la charla con su terapeuta, Julia llegó al centro comercial, donde encontró a su madre como habían quedado. Había gran afluencia de gente debido a las rebajas, en las tiendas, de hasta un 50 % en sus productos, anunciados en catálogos y escaparates, con motivo de la próxima celebración de Nochebuena, razón suficiente para que la masa reaccionara a la publicidad con la idea de encontrar el regalo perfecto que demostraría su amor al prójimo. Julia observó, para ese año tenía pensado elaborar detalles hechos en casa, le parecía que un regalo hecho por ella misma era mucho más valioso que todo lo que pudiera encontrar en las tiendas que recorría sin mucho interés. Lo que llamó su atención poderosamente en esa ocasión fue la aglomeración que se hizo en la Villa de Papá Noel, en donde se podían admirar largas colas de personas que esperaban ansiosas el momento de tomarse la tradicional fotografía en el árbol navideño. Las madres y los padres hacían *flash, flash, flash* buscando la mejor toma para el álbum familiar; mientras, sus retoños permanecían sentados en las piernas del hombre regordete, quien les preguntaba qué era lo que querían para navidad. Mientras el coro de niños cantores de la catedral interpretaba unos villancicos, Julia recordó la última Navidad feliz, al lado de su padre. Después de su muerte, las Navidades habían perdido la magia que volvía a sentir ahora, pues Javiercito tenía su sangre y sus genes, y esto la reconfortaba mucho ante imágenes conmovedoras de familias felices como la que había tenido. Ella también guardaba una foto sentada en las piernas de Papa Noel y una al lado de sus padres mientras posaba con el vestido rojo de terciopelo, los zapatos negros de charol con calcetas blancas y el peinado de caireles. No habían sido una familia acomodada, pero su padre se había esforzado, trabajando mucho, para darles una vida de comodidad en donde nada le faltó. Estas escenas la llenaron de profunda melancolía y recuerdos que se desvanecieron con un llamado, desde unas bocinas, “a todas las mujeres a pasar a la inauguración del salón *Belle EleganceK*”; la afortunada que cortara el listón rojo, elegida por sorteo, tendría acceso a un premio que consistía en un cambio de look. La idea sonaba interesante, pero el nene comenzaba a ponerse necio, quizá por el bullicio; irritado, había rechazado los globos rojos que unas botargas de duendes le habían obsequiado “por portarse muy bien”. El coro de nenes, vestidos todos de blanco, seguía cantando con el mismo sentimiento y la misma vitalidad, como si no se cansaran nunca, contagiando a los presentes con el espíritu navideño, diciendo al terminar un canto: “¡Aleluya, aleluya, gloria a Dios! ¡Alegrarse, el niño ya viene!”. Sus voces agudas y falsetes enchinaban la piel: “Belén, campanas de Belén, que los ángeles tocan, ¿qué nuevas nos traéis?”.

Rafael deseaba que la junta en donde presentaría el proyecto en el que había trabajado con Mabel, durante seis meses, fuera un éxito como se lo había asegurado su colega. Pese a su carácter

firme y seguro, siempre resultaba intimidante dirigir una junta en la que estuvieran presentes los más altos ejecutivos de la empresa. El mismo director comercial, dueño de la franquicia, el hombre tras la magia de *Art Deco* y *Élite class*, era un tipo muy formal, de presencia intimidante, al que no le gustaban los rodeos. Cuando entró a la sala de juntas, se hizo un absoluto silencio. Los jefes de cada área estaban atentos a sus movimientos, palabras e indicaciones. El señor Malaquías procedió a hacer la apertura de la reunión sin perder tiempo, observando que todos los convocados estuvieran presentes, sin necesidad de pedirles que escribieran su nombre en la lista. Bastó una mirada suya para confirmar una asistencia perfecta, felicitándolos a todos por su puntualidad y su sentido de urgencia. Conocía bien a la gente que trabajaba consigo, aunque no anduviera por las instalaciones muy seguido. Tomó la palabra para explicar el motivo de tan importante reunión, pues vendrían tiempos de cambios favorables para todos, dijo con actitud optimista, perdiendo ese semblante de hombre temible y autoritario que no admitía ningún error. Rafael se sentía motivado al presentar el proyecto de mejora, seguro de que este valdría para solicitar la gerencia de ventas que tanto había esperado. Cuando Rafael tomó la palabra, al fin, descubrió el marcado interés que el señor Malaquías demostraba ante sus estrategias de mercado, asintiendo a cada cosa que exponía: ese hombre joven, seguro y con visión, le recordaba a sí mismo a su edad. Tenía ganadas su complacencia y su aprobación cuando la puerta de la sala se abrió de golpe, haciendo que todos los presentes clavaran sus miradas en la persona que había osado interrumpir la reunión. La solemnidad del acto quedó rota y Rafael perdió la concentración. Era su secretaria quien le llamaba, abochornándolo frente a todo el personal. Mantuvo la calma, pero la secretaria no iba a abandonar la sala sin pasarle el recado. Se deslizó sigilosamente para preguntar qué estaba pasando.

—Le pedí que nadie me interrumpiera, ¿no me entendió o qué?

—Discúlpeme, ingeniero, tiene una llamada de su esposa —susurró la chica—. Ha estado llamándole desde hace unos minutos, parece preocupada —informó mordiéndose el labio inferior, temiendo haber cometido una gran imprudencia que le costara el despido, por ejemplo.

En la privacidad de la oficina tomó la llamada, un tanto exasperado:

—¿Julia? ¿Qué pasa?

—Rafael... Tienes que venir —suplicó ella.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—El bebé está mal —sollozó Julia.

—¿Cómo que está mal? —en realidad hubiera querido decirle: “¡Julia, no me jodas la existencia!”—. Intenta tranquilizarte y explícame qué pasa —mantuvo la paciencia después de haber resoplado y respirado profundamente—. Estoy en medio de una reunión importante, no puedo ir para allá ahora.

—Rafael, el bebé se puso muy mal, tiene mucha fiebre y diarrea. Desde que llegamos a casa ha estado necio, no deja de llorar, ya no sé qué hacer con él. ¡Ayúdame, por favor!

—¿Lo ves? —exclamó aliviado—. ¡Ya sabía yo que no era nada de qué preocuparse!

—¡Rafael!, ¿estás escuchándome? —insistió ella, gravemente.

—Sí, querida, y francamente creo que estás exagerando. Sabes que he intentado ser muy paciente contigo, pero no puedes permitir que tu “mente catastrófica” juegue contigo de esta manera.

—¡Rafael, entiende! ¡Te estoy diciendo que el bebé está muy mal!

—Creí que ya habías superado esto. Prometiste que ibas a controlar tu mente —decía como si le hablara a una niña pequeña—. La doctora Montano ya te explicó que tus comportamientos

exagerados son debidos al estrés postraumático que sufriste por el nacimiento de Javier. ¿No puedes controlarte?, es muy difícil que los demás lo hagamos por ti. ¿Entiendes, verdad? A ver, dime ¿qué pasó para que se disparara esta conducta de nuevo?

La doctora Montano había explicado que Julia podría volver a experimentar actitudes ansiosas si era expuesta a situaciones que implicaran un riesgo para la salud de su hijo. Era una reacción completamente normal para quienes habían sido sometidos a situaciones de mucho estrés, como en el caso de los sobrevivientes a un desastre natural o un ataque violento; este comportamiento era conocido como trauma.

Rafael era más consciente de esta condición que ella misma, que se mantenía bajo control al comprobar que el origen de los miedos se encontraba en su cabeza. El trabajo terapéutico ayudaba a entender cómo actuaba una mente obsesiva, sin embargo, la especialista admitió que algunas situaciones estresantes podrían llevar a algunos pacientes al límite.

Julia sentía cómo el cuerpo le temblaba de pies a cabeza. Su esposo podía escuchar su respiración entrecortada.

—Rafael, te lo pido —suplicó por última vez.

—Lleva al niño al hospital, te alcanzo allá una vez que termine la junta.

Experimentó un sentimiento de culpa casi enseguida de haber colgado la bocina, pero no podía permitir que las actitudes de Julia lo arrastraran a él también. Ella enmudeció, se quedó helada al escuchar el *bip*.

La equilibrada Mabel había dejado la sala de juntas para asegurarse de que todo estuviera en orden. Se acercó a Rafael con una taza de té de valeriana que colocó en el escritorio, mostrándose en la disposición de ayudar si era necesario. Su presencia, cálida y abierta lo reconfortaba siempre, le tomó de las manos. Ella se incomodó ante el gesto. La culpa comenzó a hacer estragos en su alma.

—Lo de nosotros no debió pasar... —murmuró ella, temiendo que alguien los mirase. La tensión sexual entre ambos era evidente, aunque pretendían fingir indiferencia.

—¿Lo crees?

—Sí, sí —se deshizo de él—. Me siento culpable —reconoció la muchacha—. ¿Y Julia?

—Yo también me siento culpable, pero creo que me estoy enamorando de ti.

—No deberías decir cosas de las que puedas arrepentirte después.

—Tienes razón.

—Nosotros solo somos colegas de trabajo

—Sí tú lo dices... —agregó Rafael, incrédulo y sarcástico.

—Anda, ve al lado de Julia —dijo Mabel, con resignación en la voz, conteniendo el alma y el corazón, que querían salirse por la boca.

Capítulo IV

Mártir de televisión

Julia se presentó en la ventanilla de urgencias de la clínica exigiendo atención inmediata. La enfermera en turno le pidió tranquilizarse, al notar su turbación, para que le explicase a detalle qué era lo que había ocurrido. La joven madre se aclaró la garganta, mostraba claros signos de ansiedad, hablaba atropelladamente y con premura, explicando que había estado allí durante la mañana para la segunda aplicación de la vacuna contra la Hepatitis B. Al llegar a casa, su hijo comenzó a portarse muy necio. Tenía fiebre, mucha diarrea y había comenzado con vómitos. Dijo que el niño había sido prematuro, razón por la que ella extremaba sus cuidados, pues había tenido algunas complicaciones que le habían valido su ingreso a la UCIN por alrededor de dos meses. Su pediatra normalmente le indicaba vitaminas para fortalecer su sistema inmunológico, ya que solía tener las defensas bajas en comparación con otros bebés.

—Nos sorprendía su gran resistencia y fortaleza para aferrarse a la vida. Mi bebé es un guerrero —sonrió con lágrimas en los ojos.

El médico que salió a su encuentro coincidió con la opinión de la enfermera: era muy común que los nenes presentaran reacciones secundarias a la administración de las vacunas; nada de qué preocuparse, aseguró. El bebé fue ingresado de inmediato para una revisión, para alivio de la madre, quién no se hallaría completamente tranquila hasta que el doctor le dijera con seguridad que todo estaba bajo control y que podría regresar a casa con el niño. Se sentó en la sala de espera, repitiendo el poderoso mantra al que se aferraba en los momentos difíciles. Su esposo Rafael llegó media hora tarde, pero ella no hizo ninguna clase de recriminación por ello, solo dijo no sentirse muy bien.

—¿Qué ha pasado? —indagó él.

—Están revisando al bebé —murmuró ella en voz baja.

—¿Qué te dicen?

—Aún nada —respiró profundamente—. ¿Por qué tardan tanto? ¡Por Dios! ¡No puedo con la angustia! —exclamó exasperada. Rafael le tomó de las manos para reconfortarla, sentía como si estuviera acariciando a una muerta, pues la frialdad de la piel lo estremecía.

El médico regresó a la sala de espera. Ambos padres se levantaron al mismo tiempo de las bancas, exigiendo una respuesta. El semblante del joven anunció la fatalidad sin necesidad de palabras. El corazón de Julia se oprimió.

—Será necesario que el niño permanezca en observación por esta noche.

—Pero, ¿por qué? No entiendo —objetó el padre.

—Parece que su hijo sufrió una reacción adversa a la vacuna administrada y, dada su condición de prematuro, podría presentar complicaciones. Queremos asegurarnos que todo está bajo control.

—¿Pero qué es lo que tiene mi hijo?! Dígame, por favor —suplicó la madre.

—No puedo darle un diagnóstico ahora, necesitamos ver cómo evoluciona. Por el momento hemos logrado bajarle la fiebre.

Los padres se miraron, con semblante de contradicción. Julia se mostró en actitud obstinada, de no moverse de ahí ni ir a ninguna parte hasta que pudieran informarle con claridad qué era lo que había ocurrido y cuál era la situación real de su hijo. Lo cierto era que ni los médicos que lo

estaban atendiendo tenían certeza de qué había pasado. Los exámenes de orina y sangre que le hicieron revelaron que todo estaba bien, sin embargo comenzó a padecer de hinchazón en algunas partes de su cuerpecito, por lo que sería trasladado a terapia intensiva. Aquella noche comenzó la pesadilla, dadas las actitudes de incompetencia y frustración del mismo personal médico que atendía la solicitud: se encontraban tan consternados como los propios padres.

Lo único que decían era que el bebé había sufrido una complicación de salud a causa de la reacción adversa de la vacuna administrada y que debía mantenerse hospitalizado para ver su evolución. Julia y Rafael no podían conformarse con eso, ella sufrió de una crisis de ansiedad al momento en que le informaron la noticia y arremetió contra la enfermera que había vacunado al pequeño, acusándola de haber sido la responsable del daño.

—¡Exijo que traigan a esa mujer aquí! —gritaba Julia—. ¡La que aplicó la vacuna a mi niño!

—Señora, mantenga la cordura. No estamos seguros de qué fue lo que ocurrió realmente —prosiguió el médico—. Su hijo está siendo atendido y se encuentra en manos de profesionales. Antes de acusar a una persona tenemos que hacer una investigación, acusar a alguien sin pruebas es muy grave —advirtió el médico.

Julia se puso muy mal. Rafael tuvo que contenerla, estaba descontrolada, fuera de sí. El personal del hospital miraba la escena con actitud perpleja.

—¡Enfermera! ¡Administren un calmante a la señora, por favor! —gritó el especialista.

—¡No se atrevan a tocarme! —advirtió ella—. Me llevaré a mi hijo a otro hospital. No quiero que permanezca más aquí. No quiero que terminen matándomelo.

—No puede llevárselo, está en terapia intensiva —informó el especialista.

—¿Cómo es posible que hasta el momento no sepan decirme qué es lo que tiene mi hijo? —inquirió Rafael.

—Debemos hacer una investigación, señor, comprenda.

—Exijo ver al director, de inmediato. Ni mi esposa ni yo nos iremos de acá hasta hablar con él. Si no sale a darnos la cara y una explicación me iré en contra de todos ustedes, ¿me oyen? —señaló Rafael, con tono amenazador.

—¡Señor, cálmese! —le llamó el médico enérgicamente—. Es muy grave lo que está diciendo. Las personas aquí presentes son testigos de sus amenazas.

La situación se tornaba crítica y los ánimos de todos los involucrados se encontraban alterados. Finalmente, los padres del bebé pasaron a la oficina del director, y exigieron les diera su versión de los hechos. Este parecía un hombre razonable y de gran calidad humana, pero el suceso lo tenía muy desconcertado. No hallaba la manera de abordar a los padres, mucho menos tenía una explicación convincente acerca de lo ocurrido. El hospital que él dirigía, uno de los más reconocidos a nivel local, se había caracterizado siempre por dar atención oportuna a sus pacientes. No podía creer que en sus instalaciones se hubiera cometido un acto negligente de una magnitud que comprometía la vida de un infante inocente, tal como los padres afirmaban que había sido.

—Queridos padres, no tengo alguna palabra que pueda aliviar la angustia que están pasando en estos momentos. Entiendo que la vida de un infante es lo más sagrado, pero me niego a creer, como dice la madre, que el responsable de esta situación sea parte del personal de la institución que dirijo honorablemente desde hace 15 años, en los que hemos trabajado bajo los estándares de atención oportuna, calidad humana y ética. Me niego rotundamente a que algo como lo que sugieren haya pasado en mi institución —dijo. Tengan por seguro que se hará una investigación exhaustiva para aclarar qué fue lo que pasó y también que haremos todo lo que está en nuestras

manos para salvar la vida de su bebé. Es lo justo, es lo que por ética y deber moral corresponde, porque ni una disculpa pública, ni una indemnización, tampoco una cacería lograrán su paz o nuestra satisfacción.

—En este acto solo hay una criminal —aseguró Rafael— y si ustedes pretenden encubirla y hacernos desistir están muy equivocados.

Ambos padres se encaminaron hacia la salida de la oficina del director, no sin antes anunciar que se llevaban a su hijo, aunque el personal indicó que trasladarlo a otra unidad representaba un riesgo y una imprudencia; ninguno de los dos quiso escuchar, haciendo su voluntad pese a las advertencias de los médicos.

Ninguna de las palabras que el director había pronunciado los había hecho desistir de interponer una denuncia en contra del hospital, por negligencia médica, para que se abriera una investigación profunda y se tomarán las medidas pertinentes de comprobarse el crimen, porque para ellos lo que había ocurrido era justo eso y no descansarían hasta dar con los responsables de tal atrocidad, llevando las cosas hasta las últimas consecuencias. Las investigaciones habrían de abrirse y seguir su curso, mientras la flama de la lucha por la vida siguiera ardiendo en las cenizas.

La música intro que daba la bienvenida al programa estelar de noticias más visto del canal 24 de la televisora local se apagó, abruptamente, y apareció la siempre elegante licenciada María Fernanda Puente, quien, como de costumbre, saludaba efusivamente a su querido auditorio, fiel a sus emisiones del medio día. Frente al televisor de 21 pulgadas se encontraba una mujer de edad media, sentada en el sofá, mientras acariciaba efusivamente a Amadeo, su gato negro.

—Son las doce en punto y comenzamos nuestro noticiero con una noticia lamentable —prosiguió la licenciada—. Esta tarde tenemos una nota que personalmente me impactó —relató con tono dramático pero severo, mirando la cámara fijamente para lograr que su reportaje estelar causara el impacto deseado. Nuestra corresponsal, Karla Ivelia Sánchez, acudió hoy a la clínica privada del Buen Samaritano para presentarnos el testimonio de una joven madre que, desesperadamente, exige justicia para su hijo. Acompañemos a conocer la historia completa —hizo una pausa para acentuar el tono dramático—. Adelante, compañera.

—Así es, María Fernanda —respondió Karla—, buenas tardes a ti y a nuestro querido auditorio que nos sintoniza fielmente —saludó la corresponsal del noticiero—. Me encuentro justamente a las afueras de esta clínica, al lado de la señora Julia del Río, una joven madre de apenas 25 años, quien ha tenido el valor de venir a contar su historia frente a las cámaras de nuestra televisora. Ella y su esposo, el señor Rafael de la Garza, acusan al hospital del Buen Samaritano por una supuesta negligencia médica y responsabilizan abiertamente a una joven enfermera de haber cometido un acto que puso en riesgo la vida de su único hijo, el menor de nombre Javier de la Garza del Río, de 9 meses de edad. ¿Es así, señora Julia?

La cámara hizo *close up* para enfocar el bello, pero magullado rostro de la joven madre, cuyos parpados estaban hinchados de tanto llorar.

—Gracias, señorita, así fue. El día de ayer por la mañana acudimos al hospital para la aplicación de las vacunas de control de mi hijo y, al regresar a casa de un compromiso familiar, mi bebé comenzó a presentar malestares: fiebre, vómitos, diarrea e insuficiencia para respirar. Lo trajimos de emergencia al hospital y el médico que lo atendió nos dijo que sus síntomas se debían

probablemente a una reacción alérgica al medicamento, pero horas más tarde regresó a la sala para informar que el estado de mi hijo era crítico y que presentaba un cuadro de paro respiratorio, sin embargo lograron estabilizarlo —relató Julia.

La reportera tomó la palabra: —Esta mañana solicitamos al personal de la clínica nos autorizara hablar con el director para que accediera a darnos una entrevista con su versión de los hechos, pero solo se presentó ante nuestras cámaras por unos minutos para decir que no daría más declaraciones hasta que no se tengan los resultados de las investigaciones pertinentes.

Estuvimos platicando fuera de cámaras y la señora Julia nos comentaba que sospecha de una joven enfermera llamada Dulce Rosales. ¿Es así, señora Julia?

—Así es, ya que fue ella la persona que aplicó la vacuna a mi niño —ratificó la madre.

—¿Qué dice el hospital al respecto? ¿Cuáles serán las acciones que emprenderán? ¿Han podido localizar a esta mujer? ¿Cuál es la situación actual de su bebé?

—El hospital ha guardado silencio, no se sabe nada de la enfermera que aplicó la vacuna a mi hijo, parece que no se ha presentado a laborar. Debido a toda esta situación mi bebé ha sido trasladado a otro hospital particular del centro de la ciudad. Los médicos que están atendiéndolo nos dicen que se mantiene estable, aunque su estado es crítico, por su condición prematura de nacimiento.

Mi marido y yo hemos estado buscando asesoría y apoyo legal. Por un lado, hemos acudido a la Comisión Nacional de Arbitraje Médico donde nos han sugerido un proceso conciliatorio y de arbitraje, si fuera nuestro caso. Y por otro, nos hemos puesto en contacto con nuestro abogado, quien sugiere una denuncia penal por negligencia médica. Lo único que nosotros buscamos es que se investigue a fondo para que puedan aclararnos lo que realmente ocurrió, que se castigue a los responsables de este acto, que se haga justicia y que mi bebé recupere la salud —puntualizó la madre mostrando indignación y dolor.

—La entiendo, señora Julia.

—Surgen muchas hipótesis sobre este caso, de negligencia, licenciada, pues no se sabe a ciencia cierta si la mujer que aplicó la vacuna tomó las medidas de seguridad adecuadas, si incurrió en algún error de manipulación o la vacuna se encontraba en estado “inconveniente”... Hasta el momento todas son conjeturas; mientras, los jóvenes padres viven en la incertidumbre en tanto no se hagan los exámenes correspondientes y las investigaciones no arrojen un resultado contundente —continuó la reportera—. La sospechosa, como dice la madre, no se presentó hoy a laborar, lo cual nos hace pensar en su culpabilidad, porque es bien cierto que el que nada debe nada teme, pero ¿qué opina el televidente? —pidió un acercamiento de cámara—. Márquenos a los teléfonos del estudio para que puedan emitir su opinión. ¿Es o no es Dulce Rosales responsable de este acto? —el número telefónico apareció en pantalla para incitar al público a participar, tal como si se tratara de un concurso para ganar un premio—. Regresamos con usted al estudio, licenciada María Fernanda.

La licenciada tomó la palabra, utilizando un tono típico de telenovela para conmover y provocar a la audiencia.

—El caso resulta escandaloso porque el Hospital del Buen Samaritano ha mantenido una imagen intachable desde hace 15 años, pero sobre todo porque es la vida de un infante la que está en riesgo. Los niños son el futuro de nuestra nación y, por esa razón, todo acto que lastime y ponga en peligro su vida e integridad es totalmente condenable. Si me permites, Karlita, quisiera intercambiar unas palabras con la joven madre —solicitó la licenciada. La cámara enfocó a Julia, haciendo acercamientos a su rostro para no perderse ninguna de sus expresiones de mártir—.

Buenas tardes, señora, le habla la licenciada María Fernanda Puente, titular del informador Noti Regio. ¿Cómo se encuentra?

—Buenas tardes, licenciada, pues me encuentro... devastada, indignada, angustiada. No puedo describirle en palabras todo lo que estoy experimentando. Tengo la sensación de estar viviendo una pesadilla —puntualizó dramáticamente.

—La entiendo perfectamente, señora. Díganos, ¿hay algo que le gustaría pedir al auditorio que nos está viendo en estos momentos?

—Sí, licenciada. Quisiera dirigirme a las mujeres, principalmente a las jóvenes madres como yo. Sé que pueden entender que no hay nada más doloroso para una madre que ver a un hijo sufriendo —Julia ejerció de inmediato un dominio natural sobre la lente y las miradas ajenas. Su actitud conmovió a los espectadores hasta hacerles sentir su pena en el tuétano—. Sé que, aunque no me conocen, pueden entender cómo me siento. Quiero pedirles, a todas y a cada una de las mujeres que me ven, una cadena de oraciones para que mi hijo, Javiercito, regrese a casa sano y salvo —las lágrimas brotaron. Karla Ivelia también lloraba, aunque discretamente.

—Así será, con el favor de Dios; tenga confianza, querida —respondió la licenciada, conmovida. Todos en el estudio lo estaban también, las palabras de la joven madre poseían un efecto hipnótico. Los fieles católicos que miraban el programa comparaban a la mujer con la madre de Dios el día en que Jesús fue crucificado, por ejemplo.

—Este es el testimonio de una madre que transmite en cada palabra, su angustia y su dolor. Y les pide a ustedes, sí, a ustedes, nuestros queridos televidentes y padres de familia, una cadena de oraciones masiva para la pronta recuperación de su hijo.

—Las investigaciones sobre el caso siguen su curso en un contexto lleno de contradicción e incertidumbre, mientras tanto, esta mujer que vemos en pantalla pide desesperadamente un castigo para los culpables —agregó Karla—. A veces el hombre escapa a la justicia del sistema, pero la justicia divina jamás será burlada —dijo la periodista acentuando el dramatismo para provocar al auditorio y con esta frase cerró el reportaje estelar.

Julia había hecho un enorme esfuerzo para no romper en llanto frente a las cámaras del noticiero. Esperaba que la entrevista ayudara a esclarecer su situación y que las autoridades competentes voltearan sus miradas hacia su caso. Había causado tal conmoción que la nota trascendió las barreras locales. Silvia, una gran fan del programa que vivía en el estado de México, había puesto la videocasetera porque gustaba de grabar la emisión completa para no perderse ni una sola nota, ya que a veces debía moverse del sillón para atender a Amadeo, su gato negro. La actitud de Julia le había conmovido, aunque ella no tenía hijos entendía bien cómo sería sufrir por uno.

Fue tanto el impacto que le provocó su pena que se puso en contacto con el personal del canal y solicitó los datos de Julia. Quería dirigirla una carta para expresarle su apoyo y darle consuelo. Planeaba mostrar el video de ese día al grupo de Las Fieles Vladimistas Unidas por la Fe, para que conocieran su historia y acudieran en su auxilio, como solían hacerlo estas compasivas mujeres cuando se topaban con un alma acongojada y necesitada de fe.

La líder se llamaba Simona, la mayor de todas en edad pero con el vigor y la actitud necesaria para conducir a las demás en la encomienda que se proponían cada año: hacer el peregrinaje hacia el pueblo de Los Santos para cumplir con las faenas, como lo mandaba la tradición, pues se tenía la creencia de que el santo bajaría del cerrito manifestándose a través de las “materias”, o sea, las personas autorizadas por él mismo para bendecir a todos sus fieles seguidores y cumplir milagros.

Las mujeres se preparaban con unas semanas de anticipación para recibir los dones del santo

con distintas encomiendas que iban desde el ayuno, el sacrificio personal, la oración y la evitación del contacto carnal hasta los actos de caridad como el cuidado de los enfermos y la alimentación de los hambrientos, y una vez concluidas las faenas preparatorias estarían listas para el viaje que duraría dos días en autobús.

El primer día debían mantenerse en silencio; este ayudaba a reflexionar, a ser honestas consigo mismas, a reconocer sus pecados y malos pensamientos. Al otro día, una vez que habían reflexionado lo suficiente, debían mantenerse alegres y optimistas por la llegada del Santo. Las mujeres debían estar bonitas, alegres y armar una orquesta con instrumentos que ellas mismas fabricaban como tambores, conchas, flautas, guitarras y panderetas, mientras alegraban a los demás con sus cantos y oraciones.

Silvia le habló a Simona del dolor de Julia y para que terminara de convencerse de que era ella a la que necesitaban para que Vladimir bajara del cerrito, le mostró el vídeo de su entrevista. Todas las mujeres lo miraron después y se convencieron de que era ella la mujer que habían estado buscando. Prepararon sus maletas y se dirigieron a la ciudad, en busca de la joven madre, para completar su misión...

Capítulo V

Secretos

Rafael tuvo la necesidad de confesarse. Quería que alguien lo escuchara, sin sentirse juzgado y aunque nunca pensó en la posibilidad de someterse a un análisis, sintió el impulso de buscar a la doctora Montano. Nunca pretendió engañar a Julia, reconocía que la amaba, era consciente de lo que había hecho y aunque sabía que sus comportamientos eran poco honestos, creía no tener control sobre eso y la hacía responsable de estos mismos comportamientos que ella reprochaba en otros hombres: el alcohol, las mentiras y la infidelidad.

Una mentira llevó a otra y a una más grande hasta que se vio envuelto en ellas. No supo en qué momento ocurrió todo eso, quizá desde que Julia se apartó de él y se vio poseída por el instinto maternal, reflexionó. Abrumado por la culpa, condujo hasta el consultorio de la doctora.

—En realidad, no estoy buscando un proceso de terapia —dijo, una vez en el consultorio—. Solo necesito hablar porque siento que ya no puedo más. No sabía a quién recurrir —reconoció.

—No te preocupes, Rafael, estoy aquí para eso, para escucharte —dijo la doctora con voz firme y actitud comprensiva.

En algo la terapeuta le recordó a Mabel, que se había vuelto indispensable para él desde que Julia cayera en la crisis depresiva. Las cosas se habían dado, simplemente, sin buscarlas. Mabel le decía eso cada que terminaban de hacer el amor. Se quedaban mirando hacia el techo, sin decirse nada, con las manos entrelazadas. “No pienses en Julia”, le decía ella mientras él se fumaba un cigarro. Siempre estaba pensando en ella.

—¿Qué es lo que ocurre, Rafael?

La pregunta de la doctora lo sacó de sus cavilaciones. Titubeó antes de contestar:

—Hace mucho no puedo comunicarme con Julia. Intenté convencerla de que regresara a la terapia.

—Lo entiendo, pero nadie puede obligarla. ¿Han intentado buscar otro tipo de ayuda?

—Julia no quiere nada, está obstinada en no hacer nada hasta que Javier recupere la salud. Su actitud es tan determinada que me asusta.

—La vi en la televisión.

—A veces ni yo mismo la reconozco.

—¿Cómo está el niño?

—A pesar de que su estado se mantiene estable, el caso no deja de ser delicado. Como sabe, desistimos del proceso penal porque Julia se encontró abrumada con tanta tensión. De pronto nos volvimos “famosos” por las razones equivocadas. La gente nos identificaba en la calle como los padres del bebé de la vacuna. No tuvimos la fuerza suficiente para encarar un juicio.

»Las pruebas arrojaron que la vacuna aplicada a mi hijo estaba contaminada por una bacteria del tipo estafilococo, la cual le provocó un síndrome de choque tóxico, que derivó en una septicemia, afectando los pulmoncitos de mi bebé. Ahí quedó todo...

—Lo que me cuentas es horrible, Rafael —se estremeció la doctora.

—Lo sé, pero gracias al esfuerzo de los buenos médicos que ahora lo atienden, solo tenemos que esperar a que reaccione a los medicamentos. Fuimos víctimas de esta tragedia, pero la vida debe continuar de la mejor manera posible y Julia parece no entender eso. Me acusa de insensible, me dice que no me importa mi hijo porque no soy capaz de echarme a llorar como ella.

»Parece que quisiera que todo el mundo le prestara atención y a veces me pregunto ¿qué hay de mí? Yo también sufro, calladamente —dijo con sinceridad—. Desde que dio esa dichosa entrevista en el programa de María Fernanda Puente ha recibido todo tipo de mensajes de apoyo. A casa entran muchas llamadas de madres de todos los estados de la República... Nunca imaginamos que el caso se volviera mediático, incluso que enloqueciera a las masas. Me siento abrumado con esto —confesó—. Supongo que a ella le reconforta saber que hay gente que se solidariza con su sentir. Pero la situación me hace sentir incómodo. Gente que ni siquiera conozco nos escribe como si fueran amigos de toda la vida. Temo de las intenciones de esta gente.

—Entiendo tu sentir, Rafael, también las necesidades de Julia.

—A pesar de sus comportamientos de los últimos días, de sus ataques violentos y depresivos, la sigo amando. La amo demasiado, pero... —calló súbitamente.

—¿Pero?

—Me desconozco —murmuró avergonzado—. Julia me ha empujado a hacer cosas que me hacen sentir culpable y avergonzado. Y no puedo parar porque también me traen alivio, un alivio momentáneo.

—No es Julia quien te lleva a hacer esto, Rafael, sino tú mismo, debes responsabilizarte de ello. ¿Qué es eso que no quieres afrontar?

Montano sacó el cuaderno de las notas y escribió:

El caso de Julia ha resultado impactante para la comunidad en general, logró que muchas mujeres se identificaran y empatizaran con su dolor. La mayoría de los televidentes de esa clase de programas son mujeres que se dedican a ser amas de casa. Este es un dolor que muchas comparten y que conecta con el inconsciente colectivo. Es el dolor universal de la figura de la madre. En la tradición judeocristiana, la pena de María por la muerte de Jesús. Lo que está ocurriendo con Julia es un fenómeno muy interesante, que nunca había visto.

Rafael parecía determinado a olvidar los malos ratos entre Julia y él. Volvió a insistirle en que debía regresar a terapia con la doctora Montano y dijo que, de ser necesario, también se sometería a un tratamiento con tal de recuperar su matrimonio. Cuando dijo esto tomó sus manitas blancas deshaciéndose en promesas. “Dime que nuestro hijo va a curarse”, suplicó Julia. Él se sintió abrumado ante su petición. Cuando no existía el bebé era capaz de complacerla en todo, la vida era más sencilla, reconoció. Un sentimiento de culpa lo atormentó al recordar aquellas escenas dramáticas donde Julia lo acusaba de no querer lo suficiente a su hijo. Las ganas que sentía de hacerla callar con autoridad, ¡con violencia! El impulso de darle una bofetada que terminaba reprimiendo siempre. Recordó las fatídicas palabras que había pronunciado su madre durante la última visita en la residencia. En esa ocasión lo acompañó Mabel, “su incondicional”.

—No fueron tus genes lo que no servían, sino los de ella —para doña Elena, la única culpable de la desgracia de ambos había sido Julia—. ¡Te dije que esa mujer no servía, pero tú te empeñaste en casarte con ella! ¡Quisiste hacer tu voluntad, tu capricho! —recriminó, intimidando a su hijo, reduciéndolo a un niño asustado. Mabel, que antes de conocer a la madre de Rafael había sentido compasión por su enfermedad, ahora se encontraba confundida respecto a ella. Cuando Rafael se inclinó y acercó su rostro para darle el beso de despedida, ella le tomó de la camisa sujetándolo con fuerza a pesar de los temblores. Sus manos parecían garras. Le murmuró al oído:

—Todavía estás a tiempo de buscarte una buena mujer, una que te dé hijos sanos.

Durante el tiempo fugaz de la visita tuvo oportunidad de admirar a la bella Mabel. Rafael la presentó como “una amiga”, pero la madre supo que era algo más que eso, en los ojos de ambos era capaz de mirar la culpa, el deseo y la vergüenza. Le sonrió demostrando su aprobación, pero Mabel se incomodó por aquél gesto. Esa tarde manejó rumbo al motel “Dalí”, dónde tenía una reservación especial.

Rafael reconoció ante la doctora Montano que había tenido una “aventura sin importancia” con una compañera de trabajo a la que se refirió como “su incondicional”, justificando a través de la convivencia cotidiana, su atracción por ella y, finalmente, la infidelidad.

—¿Era a eso a lo que te referías cuando mencionabas que el comportamiento de Julia te obligaba a hacer cosas que no querías y, sin embargo, te causaban alivio momentáneo?

Rafael asintió con la cabeza, se dijo una “víctima de las circunstancias”.

—Desde que el bebé está internado no hemos tenido contacto carnal.

—¿Te hería que Julia rechazara tus caricias?

—Una noche, en el lecho matrimonial, comencé a acariciarla. Noté que se incomodó. Me dijo en ese tono malhumorado que tiene últimamente que “no tenía ganas”. Comenzó con un largo discurso acerca de cómo era posible que tuviera ganas de tener sexo cuando nuestro hijo estaba internado en el hospital. No me atreví a tocarla después de eso.

—Castró tu deseo.

—Aunque debo reconocer que al paso de los días la miré en televisión. Repitieron su entrevista en los medios locales, y se volvió más deseable ante mis ojos. Su actitud de mártir, la ropa que llevaba puesta, su respiración entrecortada. Podía mirar fácilmente la forma de sus senos, sus pezones duros. Imaginé que le hacía el amor mientras ella lloraba y finalmente, tuve una erección...

Sintió que se liberaba y se quitaba un gran peso de encima después de haber confesado todo a la doctora, pero el regreso a la oficina le dejó con una sensación de pérdida e incertidumbre que le hizo sentirse el hombre más miserable del mundo. La licenciada Mabel había presentado su renuncia sin dar alguna explicación razonable. No quiso indagar en ese momento en los motivos que la habían llevado a tomar esa decisión para no levantar las sospechas del encargado de Recursos Humanos, quien siempre les lanzaba miradas inquisitivas y una sonrisa morbosa cuando los veía salir juntos a la hora de la comida. Fingió indiferencia, conteniendo la emoción ante Godínez, quien se presentó en su oficina pidiéndole un perfil detallado de cómo esperaba fuera su nueva socia. Dijo que más tarde pasaría por el documento para comenzar con el reclutamiento, pues resultaba apremiante cubrir aquel puesto clave en la compañía, dejándolo en un estado de perplejidad.

Aquella tarde le parecía interminable, trabajó de mal humor y al finalizar la jornada salió de prisa, sin despedirse de nadie y con el ceño fruncido. Condujo hasta el departamento de ella recordando que alguna vez él mismo le había comentado que su trabajo en la empresa no era valorado. A veces, en las juntas más importantes, el director le pedía a Mabel que preparara el café y los bocadillos. A ella no le importó hacerlo un par de veces, hasta que la tarea se volvió una obligación o como si fuera parte de las responsabilidades de su puesto. Este era un modo de humillarla por ser demasiado hábil para los negocios; una forma en la que él intentaba menospreciarla para no admitir su propia ineptitud. Solía consultar sus opiniones, pero volvía a recluirla en actividades que no aportaban ningún crecimiento para su carrera profesional. Si ella lo había tolerado era porque no quería darle el gusto de verla amedrentada y, también, por amor a Rafael. Ahora lo lamentaba mucho.

Siempre estuvo consciente de que era un hombre casado; sin embargo, la atracción entre ambos era más fuerte que la razón. Hallaron en el motel “Dalí”, que se encontraba rumbo a la carretera nacional, el lugar ideal para sus encuentros casuales. El sexo no lo era todo, a veces Rafael solo deseaba conversar. Mabel era como una paloma que se posaba en la ventana y surcaba cuando quería, obedeciendo a su naturaleza. No había reclamos ni dramas innecesarios entre ellos. Durante esos encuentros, Rafael encontraba desahogo a la vida matrimonial con Julia, que se había tornado bastante difícil desde el nacimiento del bebé.

Mabel se hallaba desconsolada porque a causa de aquellos momentos de intensa y arrebatada pasión se enfrentaba a una dura realidad. Confesó a Laura, su única amiga, que se encontraba embarazada. La noticia retumbó dentro de su cabeza. No se esperaba una cosa así, aunque era la clase de amiga que jamás la juzgaría. Dijo, mostrándose firme y segura, que no quería tener al bebé y que había estado pensando en el aborto. Laura le pidió le contestara con honestidad.

—¿Estás segura que no quieres ser madre?

Recordaba que Mabel había sido para ella una inspiración porque alentaba a otras compañeras de carrera a ser independientes y conquistar su ámbito profesional, muchas la tachaban de loca y feminista, pero ella hablaba con pasión acerca de aprender ciencia, dirigir un banco o involucrarse en la política para ayudar a la comunidad. Verla sola, sin trabajo y con un bebé en camino cambiaba todo. Mabel no supo qué contestar, pensó en su madre. Fue en ese momento cuándo más sintió su ausencia y la necesidad de consuelo y consejo.

—No quiero sentirme juzgada por decidir sobre mi cuerpo —comentó.

—No hables así, Mabel. Entiendo que defiendas tu derecho a decidir, pero no puedes ser tan egoísta. El bebé que esperas tiene un padre —señaló Laura—. Creo que deberías hablar con él antes de tomar cualquier decisión. Le limpió las lágrimas y le recordó que debía mantenerse firme en la resolución que había tomado de defenderse ante la injusticia de su despido. La noticia del embarazo la había dejado tan aturdida que no pudo decir nada cuando el gerente de Recursos Humanos le sugirió que lo mejor para ella era renunciar y aceptar sus condiciones de buen modo porque de no ser así, divulgaría “una prueba” que, según dijo, afectaría su imagen profesional para siempre. Pensó en la hipocresía y la doble moral que se manejaba no únicamente en la empresa, sino en la sociedad en general. Si una mujer fallaba en cualquier ámbito todo mundo juzgaba, pero sí un hombre lo hacía hasta su madre era capaz de apoyarlo y justificar sus acciones. Sintió rabia, asco, la sociedad en la que vivía era muy injusta. Si bien se había equivocado, ahora una sociedad entera se sentiría con el derecho de juzgarla por sus acciones. ¿Sería justo aquel juicio? ¿Debía tener al bebé en esas circunstancias? ¿Qué pensarían de ella sus padres por tener un hijo de un hombre casado? ¿Qué pensaría Rafael?, ¿lo querría, lo reconocería, le pediría que se practicara un aborto?

Al final de sus reflexiones llegó a la conclusión de que debía tomar una decisión desde su propio deseo, sin pensar o tomar en cuenta la opinión de los demás. Su amiga la escuchó sin emitir ningún juicio, al final le dio un abrazo que la reconfortó lo suficiente como para aclarar su mente. Recordó a su tía Ágata, la única familiar que tenía en México. La mujer vivía sola desde que su esposo la abandonara para irse con una mujer más joven. Ella vivía ahora dedicada a sus actividades de manutención: hacía costuras, vendía tamales, tenía su propio negocio; se consideraba emprendedora y si bien no vivía en la abundancia, tenía los recursos suficientes para no preocuparse por el mañana. Su buena fortuna, la debía en gran medida a la fe que le tenía a un santito, al que había conocido hacía un año, en un retiro espiritual al que la invitó una vecina; el santo se llamaba Vladimir. Tenía un año en la congregación de las mujeres Vladimistas Unidas por

la Fe y era una de las más activas.

—¿Estás segura de que quieres ir a buscar a esa vieja tía de la que me hablas? —indagó Laura.

—Hace mucho que no la veo. Lo último que supe de ella fue que su esposo la había abandonado y que puso una tamalería para mantenerse. Le iba bien, pero yo tuve que seguir con mis estudios, luego perdimos contacto.

—¿Y por qué quieres buscarla ahora?

—Cuando era niña, mi tía Ágata era muy cariñosa conmigo. Incluso más que mi propia madre. Había olvidado lo que pasó entre ellas. Recuerdo que en una ocasión discutieron a gritos. Mi madre acusaba a la tía de ponerme en su contra, creo que estaba celosa de que yo la prefiriera. Tengo imágenes borrosas de mi madre sacando a mi tía fuera de la casa, tomándola por los cabellos y empujándola hacia la puerta. No sé por qué tengo necesidad de buscarla, quizá necesito el apoyo de mi familia en estos momentos.

—Entiendo —dijo Laura, dudando si esto sería lo mejor. Supuso que la tía tendría una mentalidad conservadora—. ¿Cómo crees que tome lo de tu embarazo?

Mabel contestó con sinceridad diciendo que no lo sabía. Comenzó a preparar las maletas antes de que se arrepintiera. Tenía suficientes ahorros en sus cuentas de banco para dejar de trabajar por unos meses. No quería precipitarse a encontrar un nuevo trabajo; no tenía cabeza para eso, reconoció. Para llegar al pueblo donde vivía su tía debía hacer un viaje en autobús de 12 horas más o menos, eso no le importó. No buscó a Rafael porque estaba segura de que haría lo imposible por encontrarla, tampoco le importó demasiado. Subió al camión con el corazón hecho un nudo, necesitaba reencontrarse con ella misma. Para eso era necesario volver al lugar donde había sido feliz. La tía Ágata había sido una madre para ella. Necesitaba de ese consejo, de esa protección, de la seguridad y del consuelo que encarnaba la figura maternal, capaz de amar incondicionalmente frente a toda circunstancia.

La tía era una mujer de unos 55 años, de ojos verdes y rostro compasivo. Se le marcaban los hoyuelos en las mejillas cuando sonreía. Tenía una actitud positiva a pesar de las situaciones difíciles que le había tocado vivir y era capaz de transmitir una gran fortaleza.

Cuando llegó, por fin, al pueblo, no tuvo dificultades en localizar a la tía; dio con ella por el negocio de la tamalería que ya era muy famoso en esos rumbos. Luego de una larga bienvenida, llena de reproches sutiles por haberse ido y no volver a escribir ni ponerse en contacto más que en las Navidades y el Año Nuevo, pudo hablar con ella largo y tendido. Estuvieron hablando por horas. La tía Ágata no quería perderse nada, le pedía a su sobrina, en quién sentía volvía a encontrar a una hija, le diera hasta el más mínimo detalle de lo que había hecho de su vida en todos esos años.

A los dos días de haberse instalado, Mabel le confesó sobre su embarazo con tristeza en la mirada. La mujer la escuchó manteniendo una actitud de comprensión; lo primero que hizo cuando lo supo fue abrazarla con mucho cariño.

—Debes estar muy agradecida —le dijo acariciando su vientre—. El milagro de la vida siempre es motivo de alegría. ¡Siento muchas ganas de cantar! —exclamó con júbilo. La tomó de las manos y le pidió que cantara con ella.

—No es así, tía —confesó.

—¿Pero, por qué? —indagó la mujer con desconcierto—. ¿Acaso es producto de una violación o abuso?

—No, eso no —se apresuró a decir ella—. Mi bebé fue concebido con amor, bueno, al menos de mi parte —dijo nostálgica.

—Entonces no veo el motivo de tu tristeza y tu pesadumbre. Cuéntame la historia completa. Sé que tienes mucha necesidad de hablar —observó suspicaz.

La tía estaba impaciente por conocer los detalles, le gustaba mucho escuchar a la gente contar sus historias. Era de mente ligera y se imaginaba todo como si estuviera mirando una telenovela. Mabel no pudo ocultarle nada, le dijo que se había entregado a un hombre casado del que había salido huyendo por temor a su reacción y a los juicios de la gente.

—¿Te embarazaste para amarrar a ese hombre? —preguntó con preocupación—. Si lo hiciste por ese motivo, lamento decir que vas a sufrir mucho. Ese hombre no se va a casar contigo —la tía decía las cosas duro, directo y a la cabeza, no se andaba con ningún rodeo.

—No planeé esto, tía, simplemente pasó.

—¡Caramba! —exclamó sorprendida—. ¡Me dejas con la boca abierta, sobrina! No pensé que te dejaras ganar por el instinto, siempre te vi prudente, inteligente y equilibrada. Tan consciente de tus emociones y tus impulsos. Recuerdo que la mayoría de las jovencitas que iban contigo en secundaria se entregaron a sus instintos. Pero, bueno —resopló como diciendo: “Ya ni modos, pa’trás ni pa’agarrar vuelo”—. ¿Y qué piensas hacer con esa vida que llevas dentro?

—Para serte sincera, pensé en el aborto —dijo entre dientes.

—Mira, hijita, si eso es lo que tú quieres puedo ayudarte a que se haga en las mejores condiciones para no poner en riesgo tu salud y tu vida —respondió la tía—; quiero que lo pienses bien porque no hay marcha atrás. Los bebés sienten el rechazo de sus madres desde que están en el vientre materno y, a veces, es preferible no traer niños al mundo a sufrir el desamor, querida. Pero tu naturaleza es bondadosa —le dijo alegre y optimista.

—¿Cómo lo sabes?

—Te conozco desde que eras una niña. Es el miedo el que está actuando en ti y te hace inclinarte por rechazar a tu hijo. ¿De qué tienes miedo, pues?

—De lo desconocido, tía.

—No escuches las voces ajenas que intentan convencerte de ser una mala mujer por las condiciones en que se da este embarazo —le dijo oprimiendo su hombro—. Le pediré mucho por ti al santo niño Vladimir para que dé claridad a tu mente y tomes la mejor decisión.

Ágata se levantó del sillón y caminó a un rinconcito de la sala donde tenía puesto el altar al santo niño, conformado por una fotografía, velas de aroma y de color (que tenían sus diferentes significados), chambritas que ella le había tejido y una hilera de foquitos navideños que se encendían y se apagaban al ritmo de “Noche de paz”.

—Ahora duerme, querida. Voy a prepararte un té de tila para los nervios —le dijo en cuanto terminó de rezarle al santo. Mabel se quedó dormida en su regazo, como si fuese una niña pequeña rendida por el cansancio y las preocupaciones...

Tres misteriosas mujeres se presentaron en la puerta de Julia una mañana, estuvo a punto de cerrarles la puerta en las narices creyendo que se trataba de unas vendedoras, cuando una de ellas dijo que le había mandado una carta después de haberla visto en la televisión. Fue entonces que Julia la reconoció como la mujer cuyas palabras le habían traído mucha paz y consuelo. Las hizo pasar de inmediato, como si fueran amigas de toda la vida. El camino había sido largo, tenían los pies hinchados de tanto andar, pero Silvia, autora de la carta, aseguró que había valido la pena.

Dijo que habían hecho un viaje de 12 horas más o menos para encontrarla.

—Cuando te vimos en la televisión nos sentimos muy identificadas con tu pena. Quisimos venir a conocerte. Es lamentable lo que estás pasando, querida.

—Gracias —Julia se disculpó por el estado de la casa y el de ella misma. Aun llevaba la bata de dormir.

—¿Cómo ha cambiado tu vida desde la tragedia? —preguntó Silvia.

—No encuentro paz ni consuelo, vivo en la angustia, en la incertidumbre, con miedo, es como una sombra que me atormenta de día y de noche —confesó.

—¿Has hecho oración? ¿Has intentado con la meditación?

Julia lo negó.

—Eso siempre ayuda —la consoló una.

—Los doctores dicen que es cuestión de tiempo para que mi bebé reaccione a los medicamentos y los tratamientos, pero eso no me satisface —confesó—. Mis brazos están vacíos.

Las mujeres asintieron a sus palabras, demostrándole que entendían sus sentimientos y su pena como si fueran propios, ellas también eran madres.

—Estamos aquí por eso, Julia —dijo una de ellas—. Nosotras te daremos consuelo, ese que necesitas. No pareces muy fortalecida. ¿Crees en Dios?

Julia titubeó al responder:

—Sí, pero a veces me siento enojada por esta injusticia. Si fuera un dios benevolente y caritativo como dicen, no hubiera permitido tanto horror.

—Debes mantenerte fortalecida, aún en las peores circunstancias —dijo otra—. Por eso debes acompañarnos.

—¿A dónde?

—A un retiro espiritual, querida. Nosotras formamos parte de un grupo llamado Mujeres Vladimistas Unidas por la Fe, somos seguidoras del santo niño Vladimir. Tenemos muchos años practicando sus enseñanzas —dijo Simona, quien se presentó como líder del grupo—. Si nos acompañas a nuestro viaje, te aseguramos que vas a encontrar la paz que necesita tu alma.

—Me gustaría —confesó Julia—, pero tengo que pedirle permiso a mi marido para poder ir o pedirle que venga conmigo, él jamás me dejaría ir sola.

—Entiendo —dijo Simona—, nuestros maridos nos alcanzarán después. Algunos nos acompañan y otros no porque no tienen fe. Este viaje debe realizarse motivado por la esperanza y la fe, si no es así, no sirve de nada. Es por eso que quien no cree y no quiere ir, no puede ser obligado y eso se respeta. ¿Tu marido es creyente?

—Nunca lo ha sido —confesó Julia.

—Cuando se viven situaciones así, como la de ustedes, es necesario mantenerse fortalecido y creer.

—¿Quién es Vladimir? —preguntó Julia con curiosidad natural.

—El santo niño fue un mártir, como tú ahora. Será necesario que conozcas la historia completa, su origen, su vida y obra —decía Simona, apasionadamente, la más devota de todas las integrantes.

Las mujeres estuvieron hablando con Julia por bastante rato, su compañía calmó su ansiedad, la escucharon sin juzgarla, la consolaron cuando lloró, lavaron los trastes, fueron al supermercado, se encargaron de la limpieza y hasta de la comida en lo que terminaban su “encomienda”, que consistía en acompañar a la mujer y hacerse cargo de las labores por una semana en que, además, le enseñaban acerca de la doctrina de Vladimir y de la fe.

Contaron a Julia la historia completa del santo Vladimir y la razón por la que a él le llamaban “niño”: había padecido un extraño mal por el que nunca se desarrolló normalmente, siempre fue lampiño y nunca tuvo relaciones sexuales.

Uno de los aspectos que resultaban más increíbles de la historia detrás del mito del santo fue la causa de su muerte, siendo que Dios le había otorgado el poder de curar a los enfermos por medio de palabras o sencillos rituales donde lo indispensable para proceder a la curación era la presencia de la fe. Sin este componente no habría poder humano para llevar a cabo el proceso hacia la sanación del individuo. Tras su muerte, sus fieles devotos derramaron gran cantidad de lágrimas dejando al pueblo sumido en la desesperanza, pero comenzaron a celebrar una especie de fiesta para honrar su memoria y las obras que él realizó en vida, con la firme convicción de que resucitaría a los veintiún días como él mismo había dicho a los afortunados que le acompañaron en su lecho de muerte.

Se decía que la causa del descenso había sido un agotamiento excesivo por la devoción, la entrega y el sacrificio con la que actuaba hacia los demás a fin de lograr su curación, lo que terminó con su vida de manera prematura a la edad de los 40 años.

Lo que más había sorprendido a Julia era el color de piel del elegido por Dios, que era más negro que la noche. “¡Un santo negro!”, exclamó cuando miró su imagen grabada en la pechera de la túnica de la líder del movimiento, conocida como “El niño guadalupano”. La imagen le provocó una impresión tan grande que culminó en un leve desmayo del que no fue capaz de recuperarse hasta que Simona le pasó un algodón rociado con alcohol por las narices.

Julia le habló a Rafael de estas mujeres y del trabajo que realizaban, convencida de que debía seguirlas hacia el retiro espiritual, sintiendo de pronto un fuerte sentimiento de identificación con las ideas que promovía la hermandad.

—Pero ¿qué dices? ¿Es que has perdido el juicio? —contestó él, contrariado.

—No, el que ha perdido algo eres tú —dijo, obstinada—. Los médicos no nos dan muchas esperanzas y parece que te has resignado a eso.

—Los médicos están haciendo todo lo posible, pero el bebé no ha respondido a los tratamientos como se esperaba... —señaló Rafael.

—En el fondo crees que yo tengo la culpa, ¿verdad? —inquirió Julia.

Él no pudo decir nada, recordó las palabras de su madre sobre los genes de ella. Los deseos más profundos de Rafael afloraban, temía perder el control. Tenía tantas ganas de hacer que Julia se callara, con violencia, con violencia... ¡Con violencia!

—¿Y lo crees, Rafael? ¿Crees que Julia tiene la culpa? —indagó la doctora Montano.

—No sé por qué le dije eso —reflexionó.

—Te traicionó el inconsciente.

—Mi madre me repetía que debí de haberme casado con otra mujer. Con una que me diera “hijos sanos”.

—Ya veo. ¿Cuál fue la decisión de Julia?

—Irse. Es voluntariosa —contestó Rafael, con resignación en la voz.

—¿Y la tuya?

—Seguirla, como un perro.